Theodor Kallifatides

Un nuevo país al otro lado de mi ventana

Traducción del griego moderno de Selma Ancira

Galaxia Gutenberg

Theodor Kallifatides

Ha publicado más de cuarenta libros de ficción, ensayo y poesía traducidos a varios idiomas. Nació en Grecia en 1938, y emigró a Suecia en 1964, donde consolidó su carrera literaria. Ha traducido del sueco al griego a grandes autores como Ingmar Bergman y August Strindberg, así como del griego al sueco a Yannis Ritsos o Mikis Theodorakis. Ha recibido muchos premios por su trabajo tanto en Grecia como en Suecia, país en el que reside actualmente. En España, ganó el Premio Cálamo Extraordinario 2019 por *Otra vida por vivir*. Posteriormente, Galaxia Gutenberg ha publicado sus novelas *El asedio de Troya* y *Madres e hijos* en 2020, *Lo pasado no es un sueño* en 2021, y en 2022 *Timandra* y *Amor y morriña*.

Theodor Kallifatides emigró de Grecia a Suecia en 1964. En *Un nuevo país al otro lado de mi ventana* explora sus orígenes griegos y la persona en la que se ha convertido después de décadas de vida en Suecia. Sin duda, este es el libro más personal del autor, aquel en el que reflexiona con más profundidad sobre los que son los grandes temas de sus novelas, el individuo y la historia, la emigración y el sentido de pertenencia, la lengua y la memoria, el amor y la identidad.

Con el humor y la calidez que le son propios, Kallifatides nos lega aquí su alma al desnudo, y construye un relato de una humanidad radical que maravillará y emocionará de nuevo a sus lectores.

«Tener idea de qué determinó nuestra vida, saber por qué fue como fue, es tan necesario como el viento para el navegante. La manera de enfrentar la senectud y poco después la muerte depende de la mitología que tengas, la que da sentido a tu vida, la que la pone en el marco correcto, aun si el cuadro no lo pintaste solo.»

Theodor Kallifatides

Título de la edición original: Μια νέα πατρίδα έξω απ' το παράθυρό μου
Traducción del griego moderno: Selma Ancira Berny

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2023

© Theodor Kallifatides, 2023
© de la traducción: Selma Ancira, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: © Ulla Montan

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19392-79-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Tal vez hoy sea pronto,
pero mañana seguramente será tarde.

SIMONE DE BEAUVOIR

1

La lluvia caía lenta como si pasara por un colador, las gotas eran grandes y espaciadas.

Yo me dirigía a mi estudio.

Llevaba la gorra calada casi hasta los ojos –porque siempre tengo frío en la frente–, y el paraguas casi pegado a la cabeza. Ni mi mujer me habría reconocido.

Pero él sí me reconoció.

Tendría unos treinta y cinco años, gafas, calvo, panzón y con una gabardina a la que le faltaban los botones.

–¡Oye, hay hospitales en este país!

Acababa yo de toser. Lo tomé a broma.

–¿Crees que lo necesito?

Se enfureció.

–¡Desaparece, turco de mierda! ¡Regrésate con las burkas!

Por las mañanas no soy rápido ni con la mente ni con el cuerpo. No supe qué decir ni qué hacer. Una pareja joven que venía detrás intervino:

–¡Déjalo en paz! –exclamó el muchacho.

–¡Basta! –añadió la muchacha.

Pero aquél no era de la misma opinión. Se me acercó más todavía –ya casi podía sentir su aliento– gritando que Suecia no necesitaba turcos de mierda como yo.

Le pedí a la pareja que lo dejaran decir lo que quisiera para que se le pasara el enfado, que a mí me era indiferente. Eso lo excitó más todavía y dio un nuevo paso hacia mí. En ese momento me detuve, lo miré a los ojos y le dije tranquilamente:

–Lárgate antes de que me enfade.

Con eso bastó. Retrocedió como un perro asustado, aunque siguió con su parloteo.

La joven pareja continuó su camino sin que hubiese yo tenido tiempo de darles las gracias.

Esto hizo que surgieran dos preguntas.

La primera, ¿cómo supo que yo no era sueco? La segunda, ¿por qué se asustó tanto? No soy sino un hombre menudo.

No sé. Pero sí puedo responder a otra pregunta que me hacen con una frecuencia enorme: ¿Después de tantos años me siento más sueco?

¿Qué importancia tiene lo que me sienta si todos alrededor de inmediato se dan cuenta de que no soy sueco y algunos con gusto me enviarían de regreso a mi pueblo?

No lo digo para suscitar compasión. Véase como se vea, mi vida en Suecia no ha sido un fracaso. Pero ese día había sido torpedeada. No conseguía olvidar esa mirada que se había clavado en mí como una garrapata.

Resultaba tan desagradable sacarla como dejarla. Naturalmente no podía trabajar. Así que llamé a mis hijos por teléfono. Mi hija no estaba. Mi hijo tenía ganas de guasa.

–¡Espero que no te deprimas porque te hayan llamado turco!

No había consuelo. Salvo uno. Que viera yo las cosas de manera objetiva. ¿Quién era esa persona que me atacó? Obviamente no era ningún vencedor en la eterna lucha por un puesto al sol. A lo sumo conseguiría encontrar un catre para pasar la noche. Ciertamente ninguna mujer le acariciaría el pelo o más bien la calva prematura. Su ropa no eran harapos, pero estaba sucia y arrugada. Su aliento habría matado a la Hidra de Lerna y su paso era inseguro porque no iba a ningún lado.

Y, de pronto, se topa conmigo, ve en mí al enemigo, la causa de su infortunio, y no puede sino gritar su desesperación.

–¡Turco de mierda!

Es natural, en la situación en la que se encuentra, no puede arremeter contra sí mismo, no ve su responsabilidad, su desesperación lo vuelve irresponsable. A todos nos pasa.

Ya no le queda nada. Sólo una cosa: que no es extranjero. Es sueco, tiene el derecho a pisar el suelo que pisa. Es su último derecho y nadie se lo puede quitar.

La pregunta es: ¿qué clase de Suecia estamos construyendo cuando cada vez más personas lo único que tienen es la idea de que todo les pertenece?

2

El hecho es que ese episodio fue un cruel recordatorio de mi situación.

Carezco del derecho de estar donde estoy. Cualquiera diría que es una observación un tanto ingenua, casi obvia.

Pero la cuestión es que yo debo convivir con este sencillo pensamiento: debo orientarme en una realidad que no me pertenece. En otras palabras, estoy obligado a vivir como un ladrón, a robar mi realidad, a robar mi vida.

¿Cómo se puede dar esto?

Lo fundamental es hacerte invisible. Y yo, en este punto fracasé. Me hice visible, incluso en exceso, diría. Escribí libros, artículos, impartí conferencias, concedí entrevistas, tuve una opinión sobre todas las cosas, recibí premios y diplomas de honor, medallas y distinciones.

Me convertí en el extranjero de éxito y no podía salir de ese papel por más que lo intentara. Cuanto más me acercaba a Suecia, por más extranjero me tenían. Después de treinta libros escritos en sueco continúo siendo un escritor emigrante, un extranjero con criterios y expectativas peculiares.

¿Me duele?

No especialmente, sólo que me impresiona lo difícil que resulta ser aceptado. Recuerdo que a quienes habían llegado de Asia Menor y del Ponto, hasta los años sesenta en Atenas los llamamos refugiados. En el Polígono vivían los refugiados que, cuarenta años después, seguían siendo refugiados.

Para mí, como escritor, la única nacionalidad que cuenta es la lengua en la que escribo.

Naturalmente tenía la posibilidad de decir lo que quisiera, nadie estaba obligado a escucharme, aunque todos podían divertirse. Lo mismo les sucede a los bufones.

Con el paso del tiempo me volví más extranjero todavía. El aislamiento superficial de los primeros años pasó a ser interior. El trazado de mi vida dio un vuelco, se volvió como el escorpión que, cuando está en peligro, se pica a sí mismo.

Hubo otros indicios que no supe interpretar. Después de un tiempo en Suecia no me gustaba hablar griego en presencia de los suecos. No era sólo cuestión de buenas maneras, como yo suponía. En esencia, la traba era otra. Sentía una especie de vergüenza, no nada más porque así quedaba claro que yo era extranjero, sino porque era como si mostrara un pedazo de mí que no quería que vieran. Por otro lado, sentía la misma vergüenza y la misma

incomodidad cuando hablaba sueco en presencia de los griegos. Era como si estuviera haciendo teatro de aficionados. Mi cotidianidad se determinaba por la necesidad de no ser extranjero ni para los suecos ni para los griegos. Y, por supuesto, eso me hacía extranjero para ambos.

Pero eso no era todo. Había un paso más todavía, el de volverme extranjero para mí mismo. No quería, porque sabía lo que eso significa. Se pierde la alegría de vivir, es como si otro viviera tu vida y caes en esa honda amargura que te envenena, en el desconcierto existencial que hace del día noche y de la noche día.

Millones de personas, emigrantes y refugiados, viven en ese desconcierto, incapaces de orientarse tras haber perdido la brújula del yo. Personas que no únicamente han perdido la Tierra Prometida, también han perdido la Tierra de la que partieron.

Hace unos meses hice un viaje a Atenas. Lo vi en el aeropuerto esperando el equipaje. Supuse que tendría alrededor de setenta años. Saludable, hasta donde pude darme cuenta. Y, sin embargo, completamente perdido. Miraba alrededor con angustia. De tanto en tanto gritaba ya en sueco, ya en griego. «Me llamo Odiseo Spirópulos y vengo de Suecia.»

Seguramente alguien debía ir a buscarlo y él temía que no lo reconociera. Tenía el antiquísimo problema griego. Yo sé quién soy, sí, pero los otros ¿lo saben? Puede que Penélope y los habitantes de Ítaca hayan sido fieles a Ulises, pero el único que lo recordaba era su perro.

El desconcierto de vivir como extranjero, que en un principio es un obstáculo por vencer, con los años se convierte en el resultado de tu vida. Ahí es cuando más que nunca tienes necesidad de tu mitología personal. Sólo con su ayuda puedes enfrentar la soledad que se teje a tu alrededor con relativa discreción.

Por eso es importante para mí saber quién era el que partió a Suecia. La mejor manera de aceptar aquello en lo que te has convertido es recordar lo que eras.

3

¿Qué sé de aquel joven que se fue hace treinta y ocho años?

Por definición, todo o casi todo. Crecimos juntos, aunque varias veces tomamos caminos distintos o, más bien, yo lo abandoné llevado por opiniones e ideologías, por juegos sobre mi identidad, por deseos y juramentos y, sobre todo, por Eros, el dios antropófago que nos hace levitar como a los «dientes de león».

(¿Los llamarán así todavía?)

No me apresuro. Mi viejo yo no se me escapará, por lo menos no tan fácilmente como yo me escapé de él.

Comienzo desde el principio y esto crea problemas.

¿Cuál es mi principio? ¿Mis primeros recuerdos o los primeros recuerdos que otros tienen de mí?

Mi padre jamás me dijo qué pensó o qué sintió cuando me vio por primera vez.

Tampoco mi madre, aunque ahora estoy casi seguro de que debe haber sentido cierta desilusión. Seguramente quería una hija, ya había traído al mundo a mi hermano y mi padre tenía un hijo varón de su primer matrimonio.

Y en vez de una hija, llegué yo tras tres o cuatro abortos espontáneos. No recuerdo que se haya quejado jamás, pero solía decir que a los varones los traes al mundo para los demás, en cambio las niñas son para ti. Eso hacía que viera en sus tres hijos –porque ella crió a mi medio hermano– a los maridos de nuestras esposas, y en nuestras esposas a sus hijas.

En lo que a mí respecta, hay algo más que complica la situación. Mis hermanos viven en Grecia. De niños eran vivaces, inquietos, y desde muy pronto comenzaron a enredarse con las «bragas» del barrio, como solía decir mi bisabuela.

Yo, por el contrario, era sosegado y tranquilo. Un poco tonto según mis hermanos, y no me alejaba nunca de las enaguas de mi madre.

«Y sin embargo fuiste tú quien se fue», me dice alguna vez cuando hablamos por teléfono y luego sigue o bien un silencioso lanzamiento de responsabilidades a su Dios o bien un suspiro.

Tenemos un acuerdo. Todos los sábados por la mañana la llamo por teléfono, me encuentre donde me encuentre. Se alegra particularmente cuando la llamo desde países exóticos como Islandia, y naturalmente suelo cargar un poco las tintas, porque hasta este momento jamás he logrado ser del todo

sincero, sencillamente porque la franqueza me aburre. Y a ella también.

Estas conversaciones telefónicas siguen un protocolo. Primero intercambiamos noticias sobre cuestiones de salud de toda la familia, luego profundizamos en nuestra propia salud, para pasar finalmente a los estudios de sus nietos, quienes, hasta el momento, no la han desilusionado al respecto.

«Tú también estudiabas», me dice.

Y me cuenta por enésima vez la siguiente historia.

Una noche me tuve que ir a dormir sin haber encontrado el libro que estaba leyendo. Lo habían escondido mis hermanos. Lloré y protesté lo más discretamente que pude porque les tenía miedo. Finalmente me quedé dormido. Alrededor de la medianoche me desperté y corrí a buscar a mi madre para decirle dónde estaba escondido mi libro. Lo había visto en sueños.

Y sí, lo encontramos detrás de un sofá, con el que la pobre de mamá, intentando moverlo, se lastimó la cintura.

Yo no recuerdo esa historia. Pero me acuerdo de otro sueño de esa misma época: en el patio de nuestra casa me estaba esperando un triciclo, me levanté de la cama y fui a buscarlo. Y sí, lo encontré.

Mi madre me asegura que, si bien de pequeño era sonámbulo, nunca tuve un triciclo y lo de menos es que ella tenga razón y yo no. Como compensación, en Suecia he encontrado tres bicicletas que en vano intenté entregar en la Policía. Es más, a un policía le irritó mi insistencia. Es una bicicleta, me dijo, no un avión.

Lo cierto es que de pequeño caminaba dormido mientras que ahora camino con los ojos bien abiertos y debo confesar que a veces no me parece que haya una gran diferencia. A veces el mundo es un sueño en nuestra mente y a veces somos nosotros un sueño en la mente de otro.

Mi abuela guardaba para mí otra historia de los tiempos en que una unidad alemana de infantería había acampado en nuestro pueblo y tomaba todo lo que necesitaba para su alimentación. A nosotros nos quedaba lo que a ellos no les gustaba. «Come, compadre, que para los cerdos lo tenemos.» Así caracterizaba mi abuelo la situación. El pueblo pasaba hambre. Entonces yo tenía tres años y por las noches, antes de acostarme, decía mi oración bajo la vigilancia de mi devota abuela.

«Virgencita, haz que papá vuelva, protege a todos los huérfanos del mundo y haz que mañana tengamos pan.»

Al día siguiente, mi primera frase era una pregunta:

«¿Llegó el pan?»

Me gustaría recordar esta escena. No la recuerdo.

Pero tengo un recuerdo muy vivo de otra escena, aunque todos me aseguran que es imposible que lo pueda tener.

Mi padre fue de los primeros que arrestaron los alemanes apenas entraron

en el pueblo. Alguien lo había delatado como de izquierdas.

Yo fui a verlo y a llevarle la comida que le había preparado mi madre. Lo tenían en el sótano de la librería. Lo encontré ensangrentado, descalzo, su labio superior temblaba y no me dijo ni una palabra.

Recuerdo aquello tan claramente que el año pasado, casi sesenta años después, sentado con mi esposa en el café del pueblo miraba los escalones que llevaban al sótano de la librería y temblaba de pies a cabeza, y no sólo mi cuerpo, sino por dentro, como si un sauce hubiese germinado en mi corazón.

¿Cómo puedo recordarlo si nunca lo viví, según me dicen todos? ¿Lo habré oído de otros? Entonces nuestra vida se vuelve una historia que alguien más nos cuenta. ¿Lo habré soñado? Y si soñé eso, ¿cómo puedo estar seguro de que no he soñado todo lo demás?

4

Una parte de mi servicio militar la hice en Rentina, en Calcídica, donde trabé amistad con un muchacho de un pueblo de montaña. Era una persona cálida y soportaba la soledad y el aislamiento mejor que todos nosotros. ¿Cuál era su secreto?

Por las noches, cuando no sabíamos qué hacer, pasábamos el tiempo comparando nuestras conquistas. Stavros, que así se llamaba, arrasó. Decenas de mujeres habían pasado por su camastro, según contaba. Naturalmente nos extrañaba, hasta que un día, por casualidad, descubrí su método.

Habíamos bajado a Tesalónica durante un permiso y estábamos atontados mirando a las muchachas. En todos los muros campeaba la famosa fotografía de Marilyn Monroe con su vestido blanco levantado por los conductos de aire del metro de Nueva York.

También a ella la había poseído.

Me reí con lástima y lo insté a que me contara la historia que, pese a todo, resultó muy simple. Había soñado con ella y, como consecuencia, también a ella la contaba como parte de sus conquistas, lo mismo que a todas las otras mujeres que de cuando en cuando habían sido el blanco de su esmero manual.

El problema era que, si bien él sabía que había hecho el amor con ellas, ellas lo ignoraban. Me vi obligado a aceptar que no tenía demasiada importancia.

Ahora evoco esa charla como la definición absoluta del extranjero. Vives tu vida con personas que no lo saben.

Quizá parezca un poco exagerado. Por eso probé también el enfoque contrario: vives tu vida con personas que no conoces. Pero entonces todos los demás se vuelven extranjeros. No es lógico. Los suecos no son extranjeros en Suecia. Yo tengo que serlo, *quod erat demonstrandum*.

Mi madre de tanto en tanto se refiere a mí como al hijo que vive en un país extranjero. Hay cierto pesar en esas palabras, y cierta amargura. ¿Acaso su hijo ahora no es él también un país extranjero?

Recuerdo haber llegado a Grecia cuando cayó la dictadura. A tal punto la había echado de menos, que tomé un avión ese mismo día sin habérselo siquiera comunicado a mi esposa. La llamé por teléfono estando ya en el aeropuerto de Estocolmo. No protestó cuando le notifiqué mi inesperada decisión, pero me preguntó algo que me perturbó.

«¿Volverás?»

Con una sobrecogedora claridad me di cuenta de cuán insegura se sentía de nuestra vida. Yo pagaba un precio muy alto por vivir en el extranjero, pero también ella lo pagaba.

En el Elinikó, el aeropuerto de Atenas, me estaba esperando mi hermano, muy peripuesto como siempre. Se le había caído el pelo y en la frente tenía unas arrugas que yo no recordaba.

«¡Estás idéntico!»

Esa fue su primera frase y con ella descubrí un nuevo aspecto de la vida como extranjero. Te conserva como enlatado. Los que se quedan cambian con el tiempo, crecen, envejecen.

¡Cuántas veces no habré oído esa frase! Siempre que vengo a Grecia alguien me la dice.

«¡Estás idéntico!»

¿Idéntico a qué? ¿A la imagen que ellos tienen en su mente? Imposible. Nadie puede ser idéntico a los recuerdos que gente de distintos lugares y distintas épocas tiene. Y sin embargo te dicen que estás idéntico.

Hace quince años estuve en la Feria del Libro de Frankfurt. Una tarde me refugié en un café y estaba leyendo mi periódico, cuando se me acercó un hombre que parecía un poco mayor que yo.

«¿Tú no eres el hijo del maestro?»

Lo era. ¿Cómo se acordaba de mí? Yo no me acordaba de él en absoluto. No me había visto desde el día en que me fui del pueblo hacía cuarenta años. La explicación resultó muy simple.

«¡Estás idéntico!»

¿Cómo podía estar idéntico al niño de seis años que él recordaba?

Entonces debe haber algo que la vida como extranjero no cambia, al contrario, te conserva como eras y te hace fácil de reconocer.

No me sorprendería que ese algo fuera la propia vida como extranjero. Algo como la marca de Caín.

5

Escribo estas líneas en el hotel Tárandos en la pequeña ciudad de Sveg, en el norte de Suecia. Es septiembre y todavía hace un tiempo agradable aunque el lado norte de los árboles ya ha comenzado a adquirir los colores del otoño.

Hace poco sonó el teléfono. Era una finlandesa que estaba buscando a un cierto Marko Lechtonen. Por un momento tuve la tentación de decirle: «soy yo». ¿Qué podía perder?

¿Y si me hubiese hecho alguna confesión erótica? Habría estado bien después de una noche pródiga en sueños empapados de un erotismo indeciso porque, al mismo tiempo, temía perder un barco que debía llevarme a algún lado, aun si no sabía adónde. Sueños fuera del tiempo ya que… ¿quién viaja en barco hoy en día?

Quien ve esos sueños es el emigrante que hay en mí. A Grecia la dejas cuando pones un mar de por medio entre ella y tú. Yo, en lo personal, tomé el tren, pero mi subconsciente se niega a aceptarlo.

Esto demuestra que la emigración sigue ciertos modelos almacenados en nuestro cerebro, como un legado de generación en generación.

¿Qué consecuencias tiene que vivas una vida que tu cerebro no reconoce?

Te descarrilas como un tren y te conviertes en extranjero incluso para ti mismo. Entonces sólo la suerte te puede ayudar a salir adelante. Y digo suerte porque no conozco ningún método consciente para lograr la identificación con uno mismo.

Quizá el psicoanálisis lo sea, pero no lo he probado y por lo tanto carezco de vivencias propias. Con todo, veo un problema. Si el sentido del análisis es encontrar el auténtico yo del analizado, ¿cómo reconoce el analista la autenticidad?

Si aceptamos que el psiquismo del individuo se compone de diferentes estratos y mezclas de miedos y esperanzas, ¿cómo sabemos cuál de ellos es el auténtico? Sólo veo un camino. Que él decida desde el principio cuál será, pero entonces todo el procedimiento se convierte en un círculo vicioso.

¿Qué razones tenemos para creer que en nosotros hay algo que es lo auténtico?

La respuesta es sencilla, no tenemos ninguna razón, a menos que abandonemos el psicoanálisis y pasemos a la ética.

En otras palabras, el problema del psicoanálisis es que plantea preguntas científicas a las que sólo la ética puede dar respuesta.

Lo cierto es que no es tan malo, puesto que, como se sabe, a muchas personas les ayuda, aunque no sea mi caso. No puedo ser responsable de mis sentimientos. Soy responsable de mis opiniones. El análisis exige lo contrario. Que yo sea responsable de lo que siento, mientras el analista es responsable de lo que debo pensar.

6

Y así, a mí ya sólo me queda la suerte, que en realidad a menudo me ha ayudado, como ayer, que iba en coche de Sveg a otra ciudad.

Conducía a lo largo de un gran lago que reflejaba la luz en los troncos de los jóvenes abedules en la orilla opuesta y el asfalto gris resplandecía como el camino al Paraíso. El mundo se frotaba las manos. En un mundo así siempre soy yo mismo.

Tenía la cabeza despreocupada, el corazón en las manos y mi sexo descansaba a la sombra de un bello recuerdo.

No era extranjero en un país extranjero, mi alma no era extranjera en un cuerpo extranjero, mi yo no era extranjero en un alma extranjera. Eso se llama suerte. Y más aún. Mi yo no me era un problema. Suerte también es estar enamorado. Vuelve a reinar la misma armonía entre el mundo y el yo, te sientes como en tu casa contigo mismo y con el otro. El problema es que el yo del enamorado a menudo es fantasía. Modificamos nuestro yo, como modificamos al otro.

Por eso la pasión, por regla general, termina en sorpresa. ¿Qué vi en esa persona? Lo mismo vale para nuestro yo. ¿Quién estaba enamorado?

De la sorpresa a la desilusión y a las amargas acusaciones la distancia es corta. Queda claro que habíamos estado enamorados de alguien a quien ya no reconocemos, de un extraño.

Es un tema recurrente en la literatura. Ya Medea pierde la cabeza con el extranjero Jasón, para acabar traicionada en una ciudad extranjera. Su amargura –mata a sus hijos– se ha vuelto la medida de los celos.

Pero ¿eran celos? ¿Por qué mata entonces a sus hijos? Porque se está castigando a sí misma, sobre todo a ese trozo de su ser que confió en las palabras y en las promesas del extranjero. Castiga a ese trozo de su ser porque ya no lo reconoce. Castiga a la extranjera que hay en ella.

Aquí se abre una perspectiva interesante. Quizá sea precisamente el extranjero que hay en nosotros el que se enamora, lo que significa que el milagro del amor no se compone de lo que mezclamos con nuestro yo real, como dirían los seguidores de Platón, sino con el extranjero que llevamos dentro.

Nuestro yo enamorado es, quizá, el menos auténtico de todos. Yo, en todo caso, jamás me enamoré sin tener la sensación de que, simultáneamente, alguien dentro de mí salía al palco escénico.

7

Me pregunto si sería importante aceptar la hipótesis de que me conozco a mí mismo. ¿Viviría mi vida de forma distinta? ¿Actuaría de forma distinta? No creo.

No vivimos ni actuamos según la opinión que tenemos de nosotros mismos, sino de acuerdo con las reglas de la sociedad y el lugar que en ella ocupamos. Cada escalón en la carrera social comporta cambios, por eso a muchas personas de éxito les genera angustia convencerse a sí mismas y convencer a los demás de que en ellos no se ha operado ningún cambio.

Uno de los mitos más populares es el del niño de pueblo que, aposentado en el trono de su éxito, sigue siendo sencillo y honesto. Millonarios que toman yogur para cenar, ministros que van a pie a mear, estrellas polígamas que, sin embargo, siguen siendo fieles a su primer amor.

¿Por qué es tan popular ese mito?

Porque tememos ver al extranjero tanto en nosotros mismos como en el otro. No estamos listos para afrontar el cambio, preferimos creer que seguimos siendo los mismos e idénticos, y así el juego sigue siendo el de antes y el de siempre.

De otra forma tendríamos que encontrar nuevas reglas y nuevos juegos y eso exige fuerzas que no tenemos.

Por eso aparentamos que todos los cambios son inexistentes, que nosotros seguimos siendo los que somos y que los otros siguen siendo los que son.

Un punto de vista bastante cómodo, sólo le faltaría ser más correcto. No entendemos la vida que vivimos porque intentamos entender una vida que no vivimos.

No son cosas sencillas.

8

Desde hace unos días me encuentro en un hotelito pequeño y agradable en Östersund, una ciudad del norte situada a orillas del Gran Lago, de la que me enamoré desde la primera vez que la vi, porque de alguna curiosa manera me recordaba a Kastoriá. Las ciudades que están a la orilla de grandes lagos llevan encima una pena: parece que soñaran con el mar.

En el mismo hotel vive un hombre ya de cierta edad con rasgos muy marcados. Es delgado, casi flaco, tiene el pelo blanquísimo y sus ojos brillan como cuando enciendes un fósforo en la oscuridad. En general da la impresión de tener un coeficiente intelectual alto y de ser un hombre íntegro.

Habitualmente tomamos el desayuno a la misma hora sólo los dos. Los demás huéspedes se despiertan o mucho más temprano o mucho más tarde.

Este señor organiza su desayuno como un combate. La avanzada consiste en zumo de manzana, yogur y una taza de té. Acto seguido toma dos huevos duros, tres sándwiches con queso, un montoncito de caviar barato, varios trozos de pescado salado y una segunda taza de té.

Durante esta fase come en silencio y como si tuviera la mente en otro lado. Poco después, sin embargo, llega el momento del ataque frontal.

Toma entonces varias lonchas de jamón, salchichas, carne de venado y de reno, varias piezas de carne picada y a la plancha y un poco más de queso. Todo eso lo va colocando con un cuidado extremo sobre rebanadas de pan tostado untadas con abundante mantequilla que pone una encima de la otra según cierto sistema que todavía no he podido entender.

Toma, además, café y té y su atención va aumentando de forma dramática, sus mandíbulas trituran metódicamente y sin pausas, no se detienen ni siquiera para beber, algo que hace de tanto en tanto. Más o menos a la mitad, comienza a murmurar, sin por eso dejar ni de comer ni de beber. La victoria se acerca.

Termina con avena y algunas rebanadas de pan con distintas mermeladas y, mientras lee el periódico, el murmullo se vuelve canturreo.

La primera vez que lo vi, entendí por qué hay pueblos que consideran provocador comer en público. El placer que experimentaba ese hombre superaba cualquier cosa que yo hubiera visto, aparte de que era un enigma de la fisiología. ¿Adónde iba a parar toda esa comida? Como ya he dicho, era delgado y de cierta edad.

No me resistí a cometer la indiscreción de pedir informes al propietario del hotel.

«Es un mago jubilado», me respondió.

En otras palabras, hacía desaparecer la comida sin que yo me percatara. Él daba una función de magia para mí y yo pensaba que estaba viviendo su vida.

La pregunta, sin embargo, era ¿en qué momento realizaba sus prestidigitaciones? ¿Antes de comer o después?

La misma pregunta me la formulé a mí mismo. ¿En qué momento desaparecí? ¿Antes de emigrar o después?

9

Y de nuevo, vuelta al principio. Como ya he comentado, a mi madre le habría gustado que fuese yo una niña. Ni me vestía ni me peinaba como niña, no cometía ninguna exageración, pero esperaba de mí lo mismo que habría esperado de una hija. Muy pronto hizo de mí su paño de lágrimas y su confidente.

Me acuerdo exactamente del momento en que fui requerido en ese papel. Debía tener ocho o nueve años cuando nos mudamos de la casa que nos había hospedado en Atenas. Aquellas buenas gentes nos habían tenido con ellos desde 1946, cuando nos vimos obligados a abandonar el pueblo con lo puesto. Por eso mi padre estaba indescriptiblemente contento de haber conseguido alquilar un semisótano muy cerca de los pinochos de la entonces Escuela Evelpidon.

Mi madre, cuando entró, no dijo nada. Se sentó en los peldaños de la puerta y de sus ojos caían lentos y obstinados lagrimones. Quién sabe qué estaría pensando. ¿Se estaría acordando de su casona en el pueblo?

Fui a sentarme a su lado. Tampoco yo dije nada, pero media hora después era como si lo hubiéramos dicho todo. Mi madre se secó las lágrimas y, tomando, mi mano me dijo:

«También aquí viviremos.»

Desde entonces me pareció que las mujeres me ven más como amigo, como alguien que las puede escuchar y las puede entender, que como objeto de deseo o de pasión.

Jamás me percaté, ni menos aún pensé que una mujer estuviera enamorada de mí. Desde el colegio me acostumbré a dividir a mis compañeros de clase en dos categorías: los deseados por las chicas y los que deseaban a las chicas.

Sin lugar a dudas yo pertenecía al segundo grupo. Dependía extraordinariamente de la aprobación de las muchachas y hacía lo habido y por haber para que se fijaran en mí. Cuando lo lograba, en muy contadas ocasiones, no sentía orgullo sino gratitud. El deseo de una mujer seguía siendo un regalo incomprensible y ocasional que ella podía llevarse de regreso en cualquier momento. Y cuando eso ocurría, yo no me exasperaba, lo consideraba más o menos justo, porque finalmente no era sino un huésped no invitado a la fiesta del amor.

¿Hasta qué punto es correcta esta descripción?

No me levanté hambriento de la mesa del amor. Dejé a algunas personas y

algunas personas me dejaron. Lo curioso es que siempre que tuve la oportunidad de hablar del tema, resultó que cuando pensaba haber sido yo quien se había ido, eran ellas quienes me habían dejado, y cuando pensaba que me habían dejado, había sido yo quien se había ido.

¿Cuál es la verdad?

Podría, por supuesto, declarar mi punto de vista como el único correcto, pero eso no vale. Si todos hicieran lo mismo, entonces la verdad no sería sino un juego, una palabra sin importancia. La verdad, como el idioma, no se puede privatizar.

Eso significa que no soy dueño de la verdad sobre mi vida, lo que lógicamente significa que tampoco los otros lo son. No somos dueños de la verdad sobre nuestra vida, pero sí de nuestras historias.

¿Seguro?

De alguna manera sí, pero sólo de alguna manera, es decir: nadie puede contar nuestras historias como nosotros. De esto no se desprende que dicha manera nos pertenezca, que sea nuestra, que lleve la marca de nuestra personalidad. Por desgracia, a menudo se trata de una especie de batiburrillo de ideas y pensamientos ajenos, de nuestra herencia espiritual, de exigencias éticas y estéticas que encontramos ya listas. La historia de cada uno de nosotros a lo que más se parece es a un piso amueblado. ¿Hasta qué punto puede pertenecernos?

Al final, ni la verdad sobre nuestra vida ni nuestra historia nos pertenecen. Esto podría llevar a alguien a sacar conclusiones trágicas respecto a la autenticidad de su vida. Pero quizá la conclusión sea que la vida es la relación que tenemos con el otro y la consecuencia de dicha relación. Las relaciones no son verdaderas o falsas, o son o no son. Aunque existamos como unidades, vivimos como fracciones.

Tanto la verdad sobre la vida como su historia se nos escapan, pero eso no significa que vivamos en la mentira o que constantemente engañemos a los otros y a nosotros mismos. Sólo significa que vivimos en el espacio del más o menos, y ese más o menos debería hacernos más atentos y más indulgentes. Por desgracia esa necesidad fatídica que tenemos de entender el caballo blanco de la verdad nos empuja a ponernos armaduras cada vez más pesadas, hechas de opiniones y de puntos de vista, y finalmente la búsqueda de la verdad nos lleva a mentiras nuevas y más grandes. No puede ser distinto cuando el interrogador y el interrogado son la misma persona.

Soy consciente del peligro que corro: construir una vida que no he vivido por la sencilla razón de que sólo una vida así parece verdadera e inteligible.

¿Qué otras soluciones existen?

10

De mis años de infancia tengo muy pocos recuerdos de mí con mis hermanos. No me acuerdo si los quería o no, ni qué pensaba de ellos. Mi hermano me ponía a competir con la gata a las carreras. Las competiciones tenían lugar en el pasillo de nuestra casa y en una ocasión me caí de culo en el brasero y me lo untaron con tinta.

En otra ocasión me obligó a montarme en el burro loco de nuestro tío que, naturalmente, me lanzó al aire y caí al suelo. Alguna vez me hizo hacer equilibrio en un angosto pretil del que me caí y me rompí el mentón. Ya no me queda sino una marca muy pequeña.

Eso es todo. Mi medio hermano era demasiado mayor como para caber en mi mundo. Algún día me dijo que me había arrullado en sus brazos para adormecerme y que, más tarde, cuando ya tenía yo tres años, él me cuidaba junto con mi otro hermano. Una vez, cuando los ingleses estaban bombardeando a los alemanes en el pueblo, ambos corrieron hasta la cueva que se usaba como refugio y se olvidaron de mí. Me encontró una vecina. Como es natural, no me acuerdo de nada de eso salvo de un detalle, las bombas, pero no estoy seguro.

La persona dejó en mí las imágenes más fuertes fue mi bisabuela por el lado de mi madre. Era una mujer con su propia leyenda. Había enviudado joven y no se había vuelto a casar. Decían que a un pretendiente particularmente insistente le había disparado en las nalgas con la escopeta de su difunto marido. Ella ya había cumplido los noventa años cuando yo tenía tres o cuatro. Acostumbraba a sentarse en el patio, recta como una soberana y con un junco en la mano con el que dirigía a pollos y nietos. Era terriblemente impertinente y cuando se enteró de que una mujer de la aldea había abandonado a su marido y se había ido con otro, dijo a voz en grito afuera de la iglesia:

«¿Por qué? ¿Olían mejor sus pedos?»

Siempre me viene a la mente vestida de negro. En su mirada severa jugueteaba una sonrisa que raras veces llegaba hasta los labios, labios que mantenía herméticamente cerrados porque había perdido los dientes. No me dejaron ir a su entierro, no sé por qué.

Durante muchos años tuve su fotografía colgada en la pared de mi estudio. Ahora la tengo en un cajón. Pero de tanto en tanto la saco y la miro. ¿Por qué sonreiría?

No hablaba bien de su familia, pero al mismo tiempo nos amaba con pasión. Quizá por eso sonreía, como si se perdonara a sí misma esa debilidad. A mí me contó muchas «mentirijillas cándidas». Me había convencido de que la sal se daba en un árbol y me puso a sembrar árboles de sal. Naturalmente luego lo divulgó y todos se reían a mi costa.

Alguien podría sacar la conclusión de que era una persona difícil. Con todo, la recuerdo con enorme calidez.

Mi abuela había heredado su sonrisa, pero era profundamente religiosa. Estaba casada con un hombre que tenía un corazón más grande que la cabeza y con el que cada día mantenía cruentas batallas, porque no sólo su fe en Dios era dudosa, también lo era su economía. Tenía un talento extraordinario para convertir su dinero en «abalorios y fruslerías».

Todos le querían y nadie le tenía miedo.

Y este es el mayor descubrimiento de esta breve narración de mis años de infancia. Crecí sin tener miedo de los adultos de la familia. Tenía miedo de otros, pero eso es una historia distinta.

11

En el pueblo la vida giraba alrededor de algunas palabras: familia, ortodoxia, rey, gloria, honor y, sobre todo, pundonor, una noción que no he hallado en las otras lenguas que conozco.

A personas sin pundonor no se les puede tener confianza, no se las puede tomar en serio, se tiene todo el derecho de ignorarlas.

El pundonor se refería principalmente al hombre, mientras que para la mujer lo que contaba era el «recato». Un hombre sin pundonor no es un hombre verdadero, como tampoco es una mujer verdadera una mujer sin recato. El hombre con pundonor desprecia a la mujer sin recato y a la inversa. En otras palabras, el pundonor de la mujer es su hombre y el recato del hombre es su mujer. No es casual que desde Troya hasta hoy nos matemos por el honor, el pundonor mancillado del hombre o por el pudor, el recato mancillado de la mujer.

Como consecuencia, el paso más importante en la vida de un muchacho era la iniciación en los misterios del pundonor.

Pido que se me permita ver de cerca los elementos que componen el pundonor:

Asumes tus responsabilidades.

En todos lados te comportas como debe ser y sobre todo si estás en casa ajena.

No dejas que te engañen.

Lo que tienes entre las piernas tiene un peso especial, pero no le permites sustituir ni a tu mente ni a tu alma.

La disculpa es una gran cosa, pero la demanda de los derechos es una cosa todavía mayor.

No pones pies en polvorosa. (Sólo para no ser herido en la espalda, decían las madres espartanas a sus hijos cuando partían a la guerra.)

Estos son, más o menos, los requisitos del pundonor que crean distintas reglas, desde las más sensatas hasta las más absurdas e inconsecuentes. Se permite, por ejemplo, que te folles a otro hombre, y si es de la aldea vecina, diríamos que es hasta recomendable. Pero no se permite que este te folle a ti y sobre todo si es de la aldea vecina.

No es fácil orientarse en el laberinto del pundonor, pero sin él no puedes esperar convertirte algún día en un hombre de verdad. ¿Hasta qué punto me volví un hombre de verdad? Eso no importa. Lo que tiene importancia es que

estos requisitos fueron la base de mi pronta y relativamente exitosa adaptación en Suecia.

Llegué allá empapado de pundonor.

No me sacudí mis responsabilidades, me comportaba de la mejor manera que podía, respetaba a mis anfitriones, tenía lo que tenía entre las piernas, pero no tenía sólo eso, perdoné algunas injusticias que se cometieron conmigo, pero más a menudo demandé mis derechos y nunca puse pies en polvorosa.

¿Qué recompensa esperaba? ¿Que llegaría a ser sueco? No, simplemente esperaba que en algún momento dejaría de ser extranjero, que me ganaría el derecho de estar donde estaba.

El pundonor no me prohibía intentar adaptarme, al contrario, me alentaba. ¿Cómo reaccionaba la sociedad sueca a mis intentos? ¿Los aprobaba? Más bien lo contrario. Como si le pareciera que yo, extranjero, pretendía engañarla haciéndome pasar por no extranjero. Y cuanto más me adentraba yo en la sociedad sueca, más importante era para ella señalar que yo era extranjero.

Como si eso no fuera suficiente, en ese entonces comenzó una campaña para que los hijos de los extranjeros aprendieran la lengua de sus padres. Querían enseñar griego en sus escuelas a mis hijos y cuando me negué, fui severamente criticado tanto por parte de los suecos, como por parte de los emigrantes que no querían o no podían entender que con esa medida lo que se pretendía era facilitar la repatriación de los extranjeros cuando se considerara necesario. Aquello nos convertía en extranjeros permanentes, y no sólo a nosotros, a nuestros hijos también. Y así es, en Suecia los hijos de los extranjeros no se consideran suecos, sino «segunda generación de inmigrantes».

Me negué a jugar ese juego a costa de mis hijos. Yo soy el inmigrante, ellos no.

Me negué en ese momento y me negué durante treinta y cinco años. Pero ya no puedo más. Me confieso culpable de todo esto:

Soy inmigrante, soy griego y soy extranjero.

12

No hay mal que por bien no venga. Vivir como extranjero es una condición que estimula cualquier aptitud artística que pudiera estar atrofiada.

Al principio, cuando vivir como extranjero era un obstáculo que debía yo superar, me volqué sobre la lengua sueca como un perro hambriento sobre un trozo de carne. Me la comía, me llenaba la boca –en el pueblo decíamos «el boco», que a mí me gusta más–, la masticaba, la tragaba y alguna vez incluso me empachaba. Acababa doliéndome el cerebro.

Tenía predilección por las palabras monosílabas y el sueco tiene muchas, lo que te da la sensación de que es una lengua honesta, dice lo que quiere decir, es en sí lacónica.

Así escribí mis primeros poemas, en una prolongada cena lingüística bajo la autoridad de una ingenua ignorancia. El significado de las palabras todavía no formaba parte de mí, escribía sin saber qué quería decir. Escribía porque las palabras eran nuevas y porque podía darles el significado que quisiera.

Como escritor nunca fui tan libre como cuando escribí aquellos poemas, sin pensar ni en el sentido, ni en la intención o en lo que pudieran significar. Pero sólo una vez en la vida se puede escribir así. Sólo una vez se prueba la manzana por primera vez. Después te vuelves otro y la ingenuidad ya no se posa en tu hombro como un halcón amaestrado.

El compromiso de matrimonio con la libertad fue breve, como ya he comentado, y nos separamos sin amargura. A partir de ese momento me casé con el sentido, con el significado, con la acepción, y ese matrimonio no se disolverá si no me vuelvo esquizofrénico.

Aprender palabras nuevas como simples vocablos es sencillo, sólo se necesita buena memoria. Pero aprender el peso específico que tiene cada una, la forma o formas en que se utilizan, sus diferentes matices es algo distinto y mucho más complicado. Hasta la persona que más desafina puede aprender de memoria las notas de una canción. Pero… ¿puede cantarla?

La experiencia de todo pueblo está preservada en su lengua. Esta es la lava que brota del volcán de su alma. Por eso, aprender a fondo otra lengua es como hacer un gran viaje a otra conciencia y a otra manera de ver el mundo y la vida.

Habría podido, naturalmente, conformarme con los vocablos, pero eso habría significado una rendición sin condiciones, habría hecho de la vida como emigrante mi destino.

No era eso lo que quería. La emigración era el punto de partida, no la meta.

No tenía otra opción que continuar la batalla con la lengua. Leí cuanto texto me cayó en las manos, sin discriminación ni sistema, casi de la misma manera en que aprendí el griego.

Las opiniones narcisistas que oía yo a mi alrededor, a propósito de que el sueco no era una lengua ni rica ni hermosa, ni era una lengua que valiera la pena aprender, me dejaban indiferente. La lengua sueca era el pueblo sueco y con ese pueblo viviría mi vida.

Los actores profesionales tienen siempre una hilera de focos muy potentes encima de sus espejos. Los aficionados prefieren la penumbra. No quería ser aficionado en relación con mi vida. No buscaba subterfugios. Era cuestión de pundonor.

Hasta el viaje más largo empieza por un paso, dicen. Yo diría que comienza mucho antes, en la tradición, en el mito. Uno de los viajes más grandes es el de conocernos a nosotros mismos, y esto siempre empieza por aprender algo nuevo, algo diferente, algo ajeno a nosotros. Suecia era para mí el río que debía atravesar y el único medio del que disponía era el deseo de llegar a la otra orilla y ya ahí acostarme en la arena y contar mis pérdidas y mis ganancias.

Mis cálculos eran sencillos y optimistas. Mi nueva desnudez sería más fuerte que mi antigua armadura.

Lo que no tuve en cuenta fue que la cruzada para dejar de ser extranjero me hizo más extranjero todavía. Ese es el peligro que se corre en todas las cruzadas. Te conviertes en lo que combates.

13

Una mañana, hace unos días, un sueco que yo no conocía me saludó en griego. Habría podido, por supuesto, sonreírle y seguir mi camino al trabajo. Pero en vez de buenos días dijo buenas noches. No resistí y se lo señalé.

Me dijo que le gustaría mucho saber si yo era feliz en Suecia, ya que estaba casado con una compatriota mía que era profundamente infeliz.

Le pregunté por qué.

Porque en Suecia vivimos para trabajar, mientras que en Grecia la gente trabaja para vivir.

Era una opinión que ya había oído y que me irritaba no sólo porque era errónea, sino porque el problema no radicaba ahí. La cuestión es de qué mecanismos echamos mano para evitar encontrarnos con nosotros mismos.

Los suecos usan la carga de trabajo para evadirse y los griegos la diversión. Todas las conversaciones serias en Grecia son interrumpidas por alguna broma.

Por supuesto que no tenía ganas de profundizar en el tema, estaba yendo, como acabo de decir, a mi trabajo, pero debía darle una respuesta. ¿Era feliz en Suecia o no?

Y si no era feliz, ¿qué significaba? ¿Que Suecia no era un buen país?

En realidad, nunca me había yo hecho esa pregunta. Y eso se lo debía a las tradiciones de mi pueblo. No te preguntaban si eras feliz. Te preguntaban si les habías dado agua a tus animales, si habías arado tus campos, si habías recogido tus olivas.

En pocas palabras, si hacías lo que debías hacer para seguir siendo un ser humano entre los seres humanos, la felicidad no contaba.

Hoy, sin embargo, la felicidad es el epicentro de nuestros empeños y de nuestros mitos.

Para mi abuela lo sustancial estaba en otro lado. La tumba del hombre bueno huele bien, decía. ¿Alguien sabe cómo huele la tumba del hombre feliz?

14

Vuelvo tan a menudo a aquellas primeras influencias, porque ahora me doy cuenta del gran influjo que tuvieron en mí. Y me pregunto cómo pudo ser. Me fui del pueblo siendo un niño de ocho años. Pensaba que había dejado atrás su mundo.

El pueblo era conservador, yo desde muy temprano me orienté hacia la izquierda. El pueblo creía en Dios, yo arreglé mis cuentas con el Todopoderoso antes de cumplir los diez. El pueblo era indiferente a la cultura, yo leía todo lo que se me ponía por delante.

Podría dar un montón de ejemplos como estos, que claramente dejan al descubierto mi rebelión contra casi todas las opiniones y puntos de vista que orquestaban la vida entonces. Pero ahora veo que el haberme rebelado tenía más que ver con la superficie –que yo podía describir– que con la esencia que no cabía en ninguna descripción. Un poco como ocurre con los perfumes muy buenos. La mención química de los componentes no describe el aroma cuando es este el que nos disgusta o nos gusta, el que nos excita o nos deja indiferentes.

Al parecer, la relación que tenemos con nuestra mitología personal sigue una órbita. Al principio no la vemos, después la comprobamos y al final creemos que nuestra vida es el resultado de ella.

En otras palabras, necesité más de cuarenta años para descubrir que muy en el fondo de mi alma ya existían los senderos y los caminos que seguiría a lo largo de toda mi vida. Cualquier cosa que aprendiera entretanto no era lo suficientemente fuerte como para cambiar mi rumbo. Mi tren rodaba libre de influencias, tirado por ese olor impreciso sobre unos rieles ya existentes.

Eso es lo que en esencia significa pertenecer a una tradición. Algunas personas consideran pesimista este parecer, casi calvinista y piensan que el hombre es capaz de superar lo que ha heredado.

Pero ¿por qué debe ser ilimitada la libertad o por qué debemos poder adoptar cualquier forma que deseemos, como Proteo? Y, si podemos, ¿cómo se construye una sociedad? ¿Cuándo atravesamos ese punto crucial que hace de la libertad barbarie o de la falta de libertad esclavitud?

No estoy seguro, pero supongo que justamente estas preguntas han atormentado a todos los legisladores, desde Solón hasta la actualidad. Toda sociedad necesita tener sus límites, que la caracterizan tanto como sus libertades.

La gran utopía de nuestro tiempo es que la libertad es más valiosa que sus límites. Es como si en un coche valoráramos más el acelerador que los frenos. Pagamos el precio.

¿Cuál es el precio?

Por encima de todo, nuestras relaciones. Hemos perdido la confianza los unos en los otros, pero al mismo tiempo estamos obligados más que nunca a tenernos confianza. La vida contemporánea requiere de enormes reservas de confianza. En los bancos, con los mecánicos, con los médicos, con los enfermeros, con los maestros, con los arquitectos, con los ingenieros de caminos y finalmente con nuestros seres cercanos.

La libertad egoísta y despreocupada amenaza justamente esta confianza, y cuando la perdemos caemos en una angustia existencial y un desconcierto tales que, para poder soportarlos, pasamos a nuevas exageraciones y libertades.

Sin pensarlo hemos tomado un camino que suponemos nos llevará a nuestro Paraíso personal sin haber tenido en cuenta que ahí estaremos solos como onanistas psicóticos en compañía únicamente de la serpiente, y que en la serpiente podemos tener confianza. Hará lo que tiene que hacer. Nos morderá.

15

Debía tener doce o trece años cuando en Fáliro vi una ballena muerta. Fue todo un acontecimiento, la mayoría de nosotros nunca había visto una ballena y como éramos unos curiosos y no teníamos mayor cosa que hacer, corrimos a la playa.

No estoy seguro de recordar cómo fue el episodio que sigue, pero en todo caso, así es como lo recuerdo.

Era un día soleado de principios de otoño. Los fuertes vientos del norte no habían empezado todavía, pero en la atmósfera había un frío glacial, como cuando se percibe una amenaza detrás de una voz cortés.

Un montón de gente se había reunido alrededor de la ballena y yo no podía verle más que la cabeza, en la que dos inesperados pequeños ojos habían abandonado la luz del mundo.

Se apoderó de mí una tristeza infinita. Temblaba de pies a cabeza. No había habido lugar en el mar para ese enorme animal. No hay lugar para nosotros en la vida, pensé y me prometí a mí mismo que jamás nadaría en aguas poco profundas.

No voy a encallar. Elegiré mis aguas con atención. No voy a vivir una vida en la que no quepa.

Alguien se puede, quizá, preguntar por qué un muchachito de doce años se planteó de esa forma el problema que tenía. Yo también me lo pregunto.

¿Sabía ya desde entonces que algún día viajaría a un mar extranjero?

No es inverosímil, porque el deseo y el sueño de algún día dejar atrás mi país existió desde muy pronto. Lanzar una piedra negra a mis espaldas, sacudir de mis sandalias el polvo de mi patria. Tal vez algunos nacemos para irnos. Tal vez yo era uno de ellos.

Que finalmente me haya vuelto un emigrante no demuestra que haya nacido para eso. Pero sí demuestra que la migración existe en nosotros, que es uno de los vestigios más antiguos en nuestra alma.

La ballena muerta era un migrante fracasado. Yo no fracasaría.

De imágenes y representaciones como esta se compone nuestra mitología personal, al contrario de la heredada, eso que llamé el aroma de una forma de vida. No había entendido bien el significado de la mitología personal hasta que participé en un congreso de gerontología en la Universidad de Lund. Todos los investigadores coincidían en que la mitología de cada persona es el mayor apoyo que esta tiene cuando la vejez se acerca y sobre todo si está en

un país extranjero.

Tener idea de qué determinó nuestra vida, saber por qué fue como fue, es tan necesario como el viento para el navegante. La manera de enfrentar la senectud y poco después la muerte depende de la mitología que tengas, la que da sentido a tu vida, la que la pone en el marco correcto, aun si el cuadro no lo pintaste solo.

Esto es válido aun en mayor grado para la vida del emigrante, que por mucho y por muchos, es considerada una vida equivocada en vez de la vida auténtica. El emigrante debe ver su camino como el resultado de tres mitologías: la que heredó, la que él construyó y la que encontró en su nuevo país.

Desde este punto de vista tuve suerte. El pueblo había hecho de mí un emigrante, yo puse lo que faltaba y la mitología de Suecia se unió a las mías. Aquí debo subrayar que cuando vas a un nuevo país, es posible que hayas leído libros, visto películas, oído historias. De ese modo, lo último que ves es la realidad. Primero ves lo que esperabas ver.

¿Qué vi en Suecia?

Comenzaré la historia desde el principio. Dejé Grecia en 1963, cuando la situación política era muy inestable. En Atenas había manifestaciones todos los días, participé en algunas sin mostrar especial entusiasmo porque tenía miedo de las palizas de la policía. En una ocasión, para salvarme me metí en el cinematógrafo Asti. No sabía qué película estaban dando, pero era en una lengua rara que me pareció hermosa. Al cabo de poco vi una de las escenas más fuertes de la cinematografía universal. Un hombre de mediana edad, cuya hija había sido violada y asesinada, lleno de rabia, desarraigaba un pequeño abedul.

Vi la película una y otra vez. Era *El manantial de la doncella* de Bergman y me cimbró. Era mi primer contacto con su trabajo, pero lo que más me emocionó fue la lengua sueca, su musicalidad con los dobles acentos y las vocales abiertas y cerradas. Además, me cautivó la sencillez del diálogo: cada palabra quería decir algo. Era lo contrario de nuestra vida de entonces, cuando todo estaba en venta y el debate público era un mercadillo de mentiras e incumplimiento de promesas.

Quería cambiar de vida. En Grecia me ahogaba, como tantos y tantos otros antes de mí y después de mí.

Me prestaron un disco Linguaphone y escuché varias lecciones con una amiga que me dijo: «Esa es la lengua idónea para que escribas cuentos».

Esa frase fue decisiva. Marcó mi relación con la lengua sueca y determinó mi deseo de aprenderla como la aprendí.

¿Cómo puedes aprender una lengua si no la amas? ¿Y cómo puedes no amar una lengua que te permite escribir cuentos?

Naturalmente en Suecia no encontré nada que me recordara la película. Sabía, sin embargo, que algún día lo encontraría, como aún se encuentran las huellas de Sócrates en los cafés.

Había vislumbrado un pedacito del alma sueca y me gustó, cosa que a algunos les parecía una adulación, como tuvieron la amabilidad de señalarme.

Sólo esto tengo que decir al respecto: no fui a Suecia decidido a encontrar motivos para no estimarla. Fui para construir una nueva vida con aquellas personas y con su idioma. ¿Cómo podía echar a la basura la condición más indispensable, es decir, que podría llegar a amarlos?

Por supuesto el que no sabe de amor considera lisonjero e hipócrita al enamorado. Yo veía mi posición como consecuencia de mi herencia. «Si no piropeas tu casa, te caerá encima y te chafará», decían en mi pueblo. Por cierto, lo contrario vale para las mujeres. Si no piropeas a tu mujer, *no* caerá, y *no* se te tirará encima.

En pocas palabras, la opinión positiva que tenía sobre Suecia y los suecos era una combinación de teoremas éticos y sociales que habían entrado en mi interior sin que yo me diera cuenta siquiera.

En realidad, no existe ninguna razón por la que tengamos que volver a inventar toda la experiencia humana. Los chinos tienen razón. La mayoría de los hombres aprenden de sus errores. Los inteligentes aprenden de los errores de los demás.

16

En el folklore popular tengo mi papel. Ese también es uno de los precios de la vida en el extranjero.

Con frecuencia me hacen preguntas que me desconciertan. Si me gusta Suecia, qué opino de las suecas, cómo es como amante el hombre sueco en comparación con el griego, etcétera.

En términos generales, reímos por cosas distintas, pero lloramos por las mismas. En Suecia las insinuaciones y las bromitas sexuales no pasan, como tampoco pasan los insultos correspondientes. Ni las historias sobre los clérigos y los insultos relacionados.

El tema número uno para el sueco es la bebida. La mayoría de las bromas, insinuaciones y chascarrillos tratan del alcohol.

Aquí un pequeño ejemplo. Tres hombres, un noruego, un danés y un sueco están bebiendo en un bar. Al cabo de un rato, el noruego dice: «Parece que va a llover». Una hora más tarde, el danés responde: «No creo». Una hora después el sueco protesta: «¿Hemos venido a beber o a conversar?».

Otra cosa que nos diferencia es la necesidad enorme que el sueco tiene de mantener una distancia física con el otro. Me di cuenta la primera vez que mi mujer y yo estábamos de vacaciones en la pequeña y preciosa isla de Fårö. Comenzaba el verano, la temporada no había empezado aún y estábamos completamente solos en una vasta playa de arena. Mi mujer estaba entusiasmada porque no había nadie más, no porque tuviera «pícaras intenciones», sino porque esa soledad le gustaba. Perdió el buen humor cuando al cabo de poco llegó otra pareja que, por lo demás, se instaló a unos trescientos metros de nosotros.

Casi me sentí conmovido cuando mi mujer me dijo con triste pesar: «¡Aquí ya hay mucho follón!».

En lo personal no tuve dificultades con ese rasgo del carácter sueco. Mi familia en Grecia siempre opinó que yo era huraño y retraído. Quizá lo fuera. En todo caso nunca me gustó vivir como sardinas.

No me fue difícil aprender a vivir con una distancia mayor y una soledad mayor. Al contrario. Por primera vez en mi vida respiraba libremente.

En cambio, echaba en falta los insultos y las blasfemias del griego. Es difícil escribir sin signos de admiración. Pero se puede. Como inmigrante tienes que aprender nuevos usos, costumbres y normas establecidas. La elección no es voluntaria, como muchos piensan. No puedes vivir como

griego en Suecia. Si lo intentas, vivirás al margen. Pero puedes conservar Grecia dentro de ti, no hace falta que olvides tu lengua, pero tienes que aprender la lengua extranjera.

Esto es algo evidente, pero por desgracia mi experiencia me ha demostrado que muchos, griegos y otros, se dejan embaucar con la idea de la pequeña Grecia, o la pequeña Turquía en Suecia y condenan a sus hijos a ser el nuevo proletariado.

Al Polo Norte no vas con tacones altos. Y si vas, no llegas. Y si llegas, no regresas.

17

Así llegamos a la incómoda pero inevitable pregunta. ¿Está dispuesta la sociedad sueca a acoger a los emigrantes?

Aquí hará falta paciencia. La respuesta no es ni un gran «sí» ni un gran «no».

A primera vista se podría decir que la inmigración realmente cambió la cotidianidad sueca. Ahí donde antes se encontraban sólo salchichas suecas, ahora hay kebab y suvlaki. En las tiendas se venden artículos de todos los países de los inmigrantes. Feta de Grecia y algas de Corea.

Voy a poner como ejemplo la plaza de mi barrio y su evolución durante los últimos treinta años. Cuando me mudé para allá a principios de 1968 encontré un peluquero sueco, una bodega que vendía carbón para las estufas y un bello cinematógrafo en donde vi la primera película pornográfica de mi vida, aunque la anunciaban como una película de educación sexual. No la olvidaré nunca. El «mirón lícito» era un sueño inalcanzable para mi generación que por las noches deambulaba por el parque del Pedion Areos con la esperanza de ver algo.

Ahora hay dos peluquerías de lujo que llevan unas muchachas de Irán e Irak. Hay un restaurante chino, uno italiano y uno húngaro donde me atienden de manera especial porque, según dicen, me parezco a un futbolista. También hay un café que lleva una mujer serbia que hace un espléndido pastel de zanahoria. Tenemos un quiosco que parece una mezquita y que vende todo tipo de salchichas y que, por supuesto, lo llevan unos turcos.

Se pone un mercadillo de frutas y verduras que seguramente también llevarán inmigrantes, pero no sé de dónde.

Durante el verano ves niños de todos los colores chapoteando en el surtidor. Lo único sueco que ha quedado en la plaza son los árboles, unos inmensos tilos que por las tardes hospedan a cientos de gorrioncitos que lloran glorias pasadas, siendo como son, descendientes del dinosaurio.

Todos estos cambios fueron dándose apaciblemente, como si hubiesen ocurrido mientras nosotros dormíamos. Pero la cotidianeidad es un sistema abierto, como otros tantos. El atletismo, por ejemplo, o el rock. En estos espacios, lo que cuenta es el resultado. Si corres más rápido que los demás, seguro que entrarás en la Selección Nacional de Suecia, independientemente de tu procedencia. Si vendes los tomates a un precio más bajo, seguro que encontrarás clientes, y así sucesivamente.

Pero luego, basta. De este momento en adelante comienzan los sistemas cerrados. La política, los bancos, la defensa nacional, la industria pesada, la educación superior, la televisión, la radio, la imprenta, la literatura. En esos espacios, los inmigrantes no entran fácilmente, aunque existen fisuras incluso en las paredes más sólidas. Yo, por ejemplo, soy una fisura así en la pared de la literatura. Pero estamos hablando de fisuras. Y aunque pueda haber grietas en la pared, el techo se mantiene incólume y visible. Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que un extranjero entre en los santuarios de la sociedad sueca.

¿Cuánto debe preocuparnos a nosotros, inmigrantes, esa cuestión? No creo que demasiado. Lo mismo ocurre en todos lados. Quizá haya algunas diferencias dependiendo de si los sistemas son abiertos o cerrados, pero en términos generales en todos lados es lo mismo.

Tardé treinta años en darme cuenta. Pero hay otro problema todavía: a los sistemas cerrados o herméticos no llegan influencias de los de fuera. Sólo cuando quienes están dentro comienzan a hacerse preguntas y a ponerse a sí mismos en tela de juicio, vienen los cambios. Y eso, tarde o temprano, acabará por suceder.

Por el momento no tenemos más que esperar, cultivando nuestro jardín. El aroma de nuestra vida se propaga y nada puede detenerlo.

En pocas palabras, el proceso de adaptación mutua no se detiene. Pero se requiere paciencia, debemos aprender a pensar en décadas, no en meses.

Suecia cambia día a día. Lo mismo que los inmigrantes, por lo menos la mayoría. Los conflictos en el futuro serán entre aquellos que están dispuestos a cambiar y aquellos que no lo están.

Vivir como extranjero me enseñó la humildad frente a las grandes potencias que dirigen la sociedad hacia una mayor tolerancia y franqueza. No es fácil ni va rápido, pero va. Lo demuestra el hecho de que jamás se ha detenido.

18

Que tú vivas en un país extranjero significa que los que te rodean viven con un extranjero. ¿Cómo influye esto en ellos?

No olvido un episodio de mis primeros años en Suecia. Acababa de conocer a la muchacha que terminaría siendo mi esposa, y una bella tarde de verano estábamos en un bar intentando, cada uno por su lado, orientarse en las aguas territoriales del otro. Ella pidió una copa de vino blanco, yo una cerveza.

En ese momento llegó un hombre que tendría mi edad, entre los veinticinco y los treinta. Se detuvo frente a nuestra mesa y con gran familiaridad la tomó del hombro, luego me señaló y le preguntó:

«¿Y a este de dónde lo sacaste?»

Ella se sonrojó, intentó superar su incomodidad con una risita. Yo no dije nada. Entonces pesaba cincuenta y seis kilos y él seguramente más de ochenta. Sólo tragué saliva. También esto es un acto de resistencia.

Poco después, nos fuimos. Le pregunté si lo conocía y la respuesta me sorprendió. No. No tenía ni idea de quién era.

¿Qué importancia tenían esas u otras escenas semejantes? ¿Qué significaba para ella haber elegido a un hombre que todos, absolutamente todos, podían poner en tela de juicio en cualquier momento? Padres y hermanos, amigos y amigas, conocidos y desconocidos. ¿Cuánta energía había necesitado para defender su elección? ¿Cuántas veces habría dudado de haber hecho lo correcto, de que aquello valiera la pena? Y no porque fuese yo, sino porque era extranjero.

Sin embargo, este punto es el más sencillo. Hay otro, mucho más complicado e interesante. ¿Cuánto influyó en su elección precisamente el que fuese yo extranjero? ¿Qué buscaba y no encontraba entre los pretendientes suecos que tenía? Y tenía muchos, yo los había visto con mis propios ojos. ¿Qué parte suya se sintió atraída por mí, que entonces todavía lavaba platos? ¿Soñaba con dejar su país? ¿Soñaba con liberarse de su ambiente burgués? ¿Soñaba con una pasión grande e incontrolable y me eligió a mí para hacerla realidad? O, lo contrario, es decir, ¿quería casarse con un extranjero para estar segura de que en su matrimonio existiría la distancia que ella necesitaba?

Todas las versiones son posibles. En realidad, no sé nada, ni nunca le he preguntado nada porque no creo que ella misma lo sepa. Sin embargo, a menudo me pregunto: ¿qué habría hecho yo en su lugar?

Soy, como la mayoría de los hombres, bastante más conformista. En una ocasión dejé a una muchacha tras la primera carta de amor que me envió, porque estaba llena de errores. ¿Cómo lograría vivir con alguien que hablaba con tanto desatino, que decía cosas equivocadas a las personas equivocadas en el momento equivocado?

Confieso, de buena gana, que me maravilla esa independencia que entonces demostró mi mujer, ese casi arrogante aplomo.

Se podría desdramatizar el asunto relacionándolo con el omnipresente cupido y sus flechas.

Sí, se podría, pero yo no puedo porque nunca he considerado que nos enamoremos por casualidad. Hacemos una elección, sólo que tiene varios componentes y la mayoría de sus elementos están ocultos y se conservan ocultos.

Se podría ver su elección como arquetípica. La princesa que se enamora del extranjero. Jasón y Medea, Teseo y Ariadna, Paris y Helena. El tema es conocido, pero hay algo en nuestro caso que no concuerda. Esos señores no estaban tan enamorados de las mujeres como lo estaban ellas. En cambio, yo sí, yo sí estaba muy enamorado, y alguien podría hacerse las mismas preguntas por el amor que yo sentía.

¿Por qué una sueca? ¿Por qué no traje a una bella grieguita, como tantos otros hacían y siguen haciendo? ¿Era dar un paso más para alejarme de mi herencia o tal vez yo también quería mantener una distancia en la relación con mi mujer?

Me parece muy probable, si tengo en cuenta cómo reacciono en situaciones de convivencia. Casi todos los días, desde hace varios años, me encuentro con una dulcísima pareja de personas mayores. Él está jubilado y se tiñe de rojo sus cabellitos. Ella ni está jubilada ni se tiñe el cabello. Él la espera infaliblemente en la estación del tren, se abrazan como si no se hubieran visto en años enteros y luego, tomados de la mano y gorjeando como pajaritos que han hecho campana, se dirigen a la salida.

Me entra pánico, mis entrañas se revuelcan. ¿Vivir con alguien así, tomados siempre de la mano? No podría respirar. El primer recado que envío a mi pareja es este: Yo no soy tú. Tú no eres yo. Yo tengo mi cerebro y mi cuerpo y son míos. Tú tienes tu cerebro y tu cuerpo y son tuyos.

Me acuerdo de aquella cancioncita francesa, donde el cantante afirma que no sabe dónde comienza ella y dónde termina él. ¡Dios me ampare!

Desde esta perspectiva, vivir en el extranjero parece ser, inesperadamente, una condición indispensable para poder seguir siendo uno mismo.

19

Hace unos días me visitó en Estocolmo una amiga griega con su hija, a la que yo recordaba como una jovencita de inmensos ojos y llena de curiosidad. No la había visto en mucho tiempo, ¿cuánto?

El problema se solucionó de una manera absolutamente femenina. Le dije que la recordaba con el pelo largo. «Debió ser antes del verano de 1987», me dijo con certeza. «Ese verano me lo corté.»

Entretanto, se había transformado en una elegante mujer joven con los mismos ojos inmensos, otras rarezas, una piel dorada y un empleo de responsabilidad. Era médico en el hospital de Ginebra. Había crecido en varios países porque su padre, que era norteamericano, trabajaba en la Organización de las Naciones Unidas. Hablaba francés, inglés, griego, español, italiano y alemán a la perfección. Aun sin tener una patria precisa, no era apátrida.

«Yo entiendo perfectamente bien por qué la gente se casa con un extranjero», dijo.

Ella era soltera.

«El extranjero está perdido en el mundo. La princesa conoce todo lo de su propio mundo, lo domina. Toma al extranjero de la mano y lo conduce a su mundo. Así lo vuelve suyo como no podría volver a otro. Es su creación, que quizá no pueda controlar del todo, pero eso aún no lo sabe. Además, tiene todos los motivos para esperar que el extranjero lleve en su equipaje aquello que a ella le falta. Representa o promete la aventura. Es rebautizada por las caricias del extranjero sin más testigos que ella misma. Por eso las mujeres inteligentes siempre son atraídas por el extranjero. Penélope, que esperó a Ulises, no es un ejemplo de inteligencia. Simplemente era una mujer que hizo lo que otros esperaban que hiciera. Nunca se encontró a sí misma o quizá pensaba encontrarse en Ulises, por eso lo esperaba y, finalmente, quizá se haya identificado con su espera.»

Era una nueva interpretación, de alguna forma feminista, pero no me sorprendería que las mujeres hayan sido siempre un poco feministas.

Estábamos en un restaurante italiano en la Ciudad Vieja y comíamos escalopines y cosas por el estilo. Mi amiga no había dicho nada hasta entonces, pero en ese momento tomó la palabra.

«Cuando os escucho hablar, entiendo cosas que no había entendido nunca.»

Hacía ya muchos años que se había separado de su norteamericano, lo que quiere decir que había encontrado, pero también había perdido, al extranjero de su vida.

«Qué gran consuelo es poder ver tu vida dentro de un mito. Sólo me pregunto si no es en exceso halagador.»

«O sea, ¿cómo?», preguntó la hija con la boca llena de tarta cardenal.

«Evitas lo consabido. La vida es baladí, trillada o más bien está hecha de detalles trillados. Te emborrachas y te olvidas de la pastilla anticonceptiva, te casas porque quieres tener a alguien con quien ir al cine y así sucesivamente. Y un día despiertas y te encuentras con un extraño en tu cama que es, además, extranjero. Y entonces el mito no ayuda. Un buen abogado es mucho más útil.»

Con el tiempo aprendes algunas cosas. Una de ellas es que ciertas conversaciones terminan con los interlocutores defendiendo apasionadamente su forma de vivir. Esta conversación fue una de ellas. La hija defendía a la princesa, yo al extranjero y la madre el divorcio.

Podríamos haber estado hablando hasta la madrugada sin ponernos de acuerdo, lo que a menudo significa que todos tienen razón.

20

Cuando iba a la estación a tomar el tren para volver a casa, me pilló una de esas lluvias estivales de Estocolmo que en vez de caer estallan. Las gotas son grandes como peladillas y te golpean el rostro cual bofetaditas amorosas. En fin, no nos alejemos del tema.

Mientras buscaba un cobertizo iba pensando en algo que me había dicho la hija de mi amiga. De entrada, me pareció evidente, casi ingenuo.

«Nunca me he enamorado en griego. ¿Cómo será?»

Tanto su madre como yo podríamos haberle dado los informes necesarios. Pero ¿cuáles serían?

Me resguardé debajo de un arco en una vieja casa e intenté sintetizar la experiencia que tenía del amor en griego.

Es innegable que hay una diferencia entre amar en tu idioma y amar en otro idioma. No tienes más que un alma y esa alma tiene su idioma. Viviendo como extranjero tienes que aprender un nuevo idioma con el alma. Pero no es tan fácil, porque el sentimiento sigue algunas huellas, algunos esquemas que están fuera del idioma.

En el dialecto griego del amor predominan palabras y términos que transforman al amado en un niño. «Mi niño, mi muchachito, mi niña, mi muñequita, mi hombrecito» y demás. Así, el amante se echa encima toda la responsabilidad de la relación e intenta mostrar lo adorable que es el amado. (Para evitar cualquier malentendido declaro que lo que acabo de decir y lo que diré en adelante concierne a ambos sexos.)

El dialecto sueco es diferente, aquí lo más importante es que el amante muestre cuán enamorado está. Que el amado se lo merezca o no, carece de importancia.

Las consecuencias de esta diferencia no son baladíes. El drama sueco termina cuando termina el amor que siente el amante. Nadie es responsable, los sentimientos vienen y se van y no sabemos por qué vienen ni por qué se van. Si ya no te aman, no vale la pena que te lo tomes como algo personal. Por supuesto que te apena, pero quien realmente es digno de pena es tu amante que perdió el amor que sentía por ti. En esencia, aquel que perdió el amor que tenía en su interior merece mayor compasión que el otro, el que perdió a su amante. El primero tuvo una pérdida esencial, el segundo perdió por casualidad.

El drama griego es distinto. Comienza donde el sueco termina. Descubrir

que ya no estamos enamorados pone de manifiesto que el otro no es digno de nuestro amor. No perdemos el amor que hay en nosotros, este permanece invariable y lozano, aguardando su nuevo objetivo. Pero el otro no perdió únicamente nuestro amor, perdió sobre todo su valor. Por eso en griego es tan amargo que te abandonen: te humillan, te anulan.

De ahí que la venganza esté contenida en el amor griego. Las acciones de Medea pueden parecer exageradas, pero no se consideran imperdonables. «¡Merecido se lo tenía el cabrón!», me dijo una vez una conocida mía cuando se habló del tema.

En general, el amor en griego no es algo que busques siempre y por doquier. Con frecuencia es algo que tratas de evitar. Ya Lisias avalaba la hipótesis de que era más fácil hallar al compañero adecuado para tu vida entre quienes no te quieren que entre los otros. Si no por otra cosa, porque hay más donde escoger.

El amor griego encierra, además, cierta tirantez, lo que no sucede con el sueco. Esto tuvo para mí varias consecuencias extrañas, pero son tan personales que tengo todo el derecho a no contarlas. No obstante, en términos generales, podría decir que en la cortés rivalidad de los enamorados a propósito de quién está más enamorado, yo, por norma, perdía.

Son muchas cosas las que no sabes cuando dejas tu país. Ignoras que dentro de ti llevas las trazas que te hacen extranjero en el nuevo país y cuando finalmente ya no eres extranjero allá, te vuelves extranjero para ti mismo, de manera que eres extranjero en todos lados.

21

La primavera y el otoño de 1999 viajé mucho por Suecia, del Sur al Norte. Vi lugares que no imaginaba siquiera que existieran, como también vi un país que estaba cambiando. No esperaba comer la mejor *tomatosalata* de mi vida en la pequeña villa de Rättvik, junto al lago Siljan, de aguas agitadas, blanquísimas barcas y un gran muelle, que los habitantes del lugar habían financiado comprando cada uno una tabla en la que se había escrito su nombre.

Me había prometido tomar notas de manera sistemática, con la esperanza de escribir algún día un librito sobre esa Suecia que, con tanto esfuerzo, había hecho mía. Naturalmente no cumplí mi palabra. De una cosa estoy seguro: nadie me ha decepcionado con tanta frecuencia como yo mismo a mí mismo.

No obstante, existen algunos lugares y algunos sitios que han adquirido dimensiones míticas en mi cerebro. Por ejemplo, el Matadero de Estocolmo que descubrí por casualidad porque en una tiendecita de ese mismo barrio compré mi primera máquina de escribir, una Olympia de segunda mano, modelo Mónica.

Cuando vi aquella macabra palabra, Matadero, me acordé del carnicero de mi pueblo que, fuera a donde fuera, siempre iba seguido de un enjambre de moscas. Incluso cuando iba a la iglesia.

El Matadero era una síntesis de la realidad industrial contemporánea y los sacrificios de la antigüedad. La carne era víctima y divinidad al mismo tiempo. Los carniceros eran artesanos y sacerdotes. La sangre caía lentamente al surco, cual serpiente adormilada. Y brillaba como un espejo. De pronto sentí la necesidad de sumergirme en ella, seguro de que encontraría un trozo aún más profundo de mí mismo, algo que corría el peligro de perder por vivir en aquella terrible soledad de los primeros años en Estocolmo.

También los sentimientos tienen su ritmo. El amor es aceleración. Como si corrieras los cien metros. Cuando rompes la cinta puedes estar tranquilo.

La soledad es un maratón. Avanza lenta, no se apresura, cada paso cuesta más de dar y cuando llegas a la meta no es el final sino el principio.

Entonces aprendes a caminar pegado a las paredes, a evitar a los otros, a hablar solo, a no mirarte al espejo, a dormir sin soñar y a despertar sin esperanza.

Todas estas técnicas las aprendí en Estocolmo, que finalmente se convirtió en algo como mi casa, pero con muchas puertas cerradas. Intuyo lo que puede

haber detrás, pero no participo, ni siquiera soy un espectador. Estoy fuera.

Antaño, cuando era más joven, intenté abrir alguna. Ahora he renunciado a hacerlo y como consecuencia ya no podré saber qué es peor, si quedarte fuera o que te obliguen a entrar.

Así llegas a la última fase de la vida en el extranjero, en la que careces de los medios para evaluar tu vida. Quizá parezca un problema pequeño, pero es grande, porque finalmente lo que te queda es la imagen de ti mismo.

22

Hay veces en que la vida como extranjero no está envenenada ni es venenosa.

Un día del pasado mes de octubre fui por primera vez a la pequeña isla de Visingsö en uno de los lagos más grandes y más profundos de Suecia, el Vättern. La había visto desde la autopista que bordea el lago y aquella islita había estimulado mi fantasía. Quería visitarla, pero al final algo se interpuso.

Sin embargo, aquella mañana de octubre, conforme iba conduciendo rumbo a Estocolmo, no alcancé siquiera a pensarlo, cuando ya había tomado la salida para Gränna, un caserío pintoresco, famoso por sus conocidos pirulís. De ahí tomé el ferry que lleva a la pequeña Visingsö.

El trayecto duró media hora más o menos. De tanto en tanto hacían su aparición algunas nubes que dejaban caer pesados goterones de lluvia, para luego dejar que el sol saliera lenta y ceremoniosamente como un cisne. Me dieron ganas de encender mi pipa, pero estaba prohibido fumar.

¿Pensaba en algo? No, y sin embargo mi cerebro estaba de buen humor. Palabras y gestos olvidados emergían a la superficie como submarinos en el mar de la memoria. A mi alrededor sonaba una melodía que yo no escuchaba, pero percibía, casi como cuando te acuerdas de una canción que alguna vez te gustó. La luz estaba cargada de cielo y de lago. Era azul y gris, cálida y fría, cercana pero distante.

Conducía muy lentamente, la isla no tendría más de unos cuantos kilómetros, y llegué a la punta sur, donde se encuentra lo que queda de una torre medieval. No había nadie. Estaba solo. Oía el viento y las olas del lago. Leí un letrero que explicaba que en esa torre había vivido un rey con su amada, que era una humilde muchacha de pueblo.

Encontré una escalera que llevaba al segundo piso y subí con mucho cuidado, sin hacer ruido, porque cuando entro en lugares nuevos no quiero ni oírlos ni que me oigan.

El resultado fue que una parejita de alemanes no se percató de mi presencia y continuó con su entusiasta, aunque bastante incómodo, abrazo. Ella se apoyaba en el murito bajo y parecía disfrutar de la vista panorámica tanto como su novio que, con las prisas, se había olvidado de quitarse la mochila de la espalda.

¿Cómo sé que eran alemanes?

Porque cuando retrocedí, la oí decirle: *«Es ist gottesgesegnet»* que significa «esto es divino» y que podría referirse tanto al paisaje como al amor.

En pocas palabras fue uno de aquellos días en que el dios de los escritores, el sonriente sátiro con memoria de elefante se había puesto de mi lado. Caricias pasadas que yo creía perdidas para siempre en la superficie de mi cuerpo volvían lentas como la calima del lago envolviéndome en un manto de espinas que despertaban en mi interior aquel pesar que acompaña y acompañará siempre a mi trabajo.

«¡Nunca escribiré algo tan bello!»

¿A qué me refería? A todo lo que me rodeaba.

Lo curioso de esta comprobación es que no te hace dejar la escritura, al contrario, te reta a seguir. La conciencia de que estás destinado al fracaso te libera del miedo que le tienes. Te corta las alas, pero te deja en el aire.

Un nuevo pensamiento estalló en mi cabeza como una granada al sol.

«Las palabras son más concretas que la vida.»

Lo concreto de la lengua era mi rival, no lo abstracto, como yo pensaba. El problema no era que las palabras no bastaran, sino que sobraran.

¿Cómo podría describir esos dos cuerpos jóvenes unidos por el mismo deseo y la misma vista panorámica? ¿Hablaría de cómo las nalgas de ella iluminaron la penumbra de octubre? Cada una de esas palabras convertiría lo que yo había visto en algo más explícito de lo que era. ¿Y si eligiera otras palabras, los muslos de ella, por ejemplo, o el trasero peludo de él? Entonces no quedaría nada de lo que había visto.

La escritura recuerda el repique de la campana que invita tanto a los creyentes como a los no creyentes. De la misma manera, no sólo cada frase, sino cada palabra despierta sentimientos distintos en los distintos lectores.

Como consecuencia, la escritura se vuelve un sorteo de lotería. Si la lengua fuese más abstracta, el problema sería menor, porque lo abstracto o no lo entendemos en absoluto o lo entendemos más o menos de la misma manera. Lo concreto es lo que nos complica, porque cada uno lo entiende según las vivencias que tiene.

Me aterroricé. Hasta ese momento siempre había sido un consuelo el hecho de que la lengua no bastase. Mi vida como escritor era más sencilla con una lengua que no podía expresarlo todo. El campo de batalla estaba claro. De un lado, el Mundo y, del otro, el Hombre con su lengua deficiente. No nos hacíamos falsas ilusiones de poder salir victoriosos de ese combate.

Ahora veía con una claridad fulminante que la lengua es más grande que el mundo, que debo vivir y escribir en una lengua que dice algo más que el todo. Dormía con un escorpión debajo de la almohada.

Nunca más podría confiar en la lengua.

«Dios mío, no hagas de mí un extranjero también en mi escritura», recé con lágrimas en los ojos. Aunque quizá fuera la lluvia que había vuelto a empezar con nuevas fuerzas.

23

Hice como la lluvia. Adquirí nuevas fuerzas y al poco me encontré en un café situado en una encrucijada. Ahora las gotas caían totalmente verticales y me acordé de un compañero que tenía en la Undécima Escuela Primaria de Atenas a quien el cabello le brotaba medio vertical en el cráneo y del todo horizontal en la frente. Como consecuencia, lo llamábamos Baldaquín, y las niñas, despiadadas, le pedían refugiarse a su lado a la primera gota de lluvia que cayera.

Pero Dios, en su omnisciencia, lo había recompensado con una bella voz, como la de los ángeles, jamás se le salía un gallo. Al contrario, todos los tonos los abordaba con la misma propiedad con la que el río fluye rumbo al mar.

Me entero de sus noticias cuando estoy en Atenas y cada vez me digo que debería buscarlo, pero nunca lo he hecho. Temo encontrarlo, simplemente porque él ignora el papel tan importante que ha representado en mi vida.

En el parque del Pedio Areos, de cuando en cuando se organizaban concursos en busca de nuevos talentos. Mi compañero participó en una ocasión y naturalmente la gente lo recibió como a todos los demás: con silbidos, bromas pesadas, etcétera. Apenas pudo terminar de cantar su canción, se le rompió la voz, lo molieron a tomatazos, le cayeron encima bromas todavía más pesadas y todo eso bajo la vigilancia de un conocidísimo y popularísimo maestro de ceremonias, que bromeaba.

Teníamos doce años. Quise consolarlo. «No te pongas triste», le dije. Me miró con ojos serenos y me respondió de una manera que iba muy bien con su personalidad.

«¿Tú crees que el ruiseñor se entristece por no gustarle a las urracas?»

Esa frase la llevo dentro desde entonces y me la digo a mí mismo cada vez que me enfrento a críticos que o bien no entienden mi trabajo o bien lo ignoran. El ruiseñor no puede ocuparse de lo que opinan las urracas. Estas siempre tienen algo que decir.

Un muy buen actor y escritor sueco me contó en una ocasión la siguiente historia.

Un actor tiene estreno, está asustadísimo, finalmente se queda dormido y sueña que se encuentra a la orilla de un gran lago. En la orilla opuesta lo esperan los críticos. Comienza, pues, a caminar por el agua para cruzar y cuando está cerca de los críticos, estos se ríen. «Pero qué desastre, este pobre hombre no sabe ni nadar.»

Así son las cosas, pero no era esto de lo que quería yo hablar. Lo que quería decir es que me daba un poco de miedo encontrar de nuevo a ese viejo amigo porque sospechaba que después de la cordialidad de la primera media hora, nos veríamos obligados a reconocer que no teníamos nada más que decirnos. Que nos habíamos vuelto extraños el uno para el otro, extranjeros para ese yo que cada uno recordaba del otro.

Los amigos de nuestra infancia llevan dentro un espejo en el que vemos a alguien que no es nosotros. Como también se puede demostrar que nuestros recuerdos han sido fabricados, que nos acordamos de cosas que no ocurrieron, de palabras que no fueron dichas. No es raro, dado que confeccionamos nuestro yo edificando el templo de los recuerdos. Y la decepción es profundísima cuando descubrimos que el templo no era sino un gallinero, y que montamos nuestros andamios alrededor de un edificio que ya no existía y que tal vez no haya existido jamás.

Eso pensaba y eso escribía en aquel café de Visingsö, cuyas paredes estaban adornadas con afiches de viejas películas de los años sesenta con la atractiva Bibi Andersson, la seductora Harriet Andersson y la bellísima Ingrid Thulin. Era como si en aquella isla tuvieran su propio calendario.

En realidad, yo también debería tenerlo.

Aquellas mujeres eran mi infancia sueca. Ya no era, naturalmente, un niño, había cumplido los veinticinco, pero mi nuevo país me obligaba a comenzar desde el principio, algo que era mitad castigo y mitad indulto.

Ahora había dejado dos infancias atrás.

Ahora envejecía en este país. La lluvia parecía no tener intención de parar.

Yo tampoco.

24

Aquel infortunado día no había terminado aún. La isla no me había mostrado todavía su parte oscura. Entré en el coche y me dejé llevar por el camino, obstinado en que no puedes inventar tu vida, en el mejor de los casos, es ella quien te inventa.

A menudo el artista mira a su modelo. Pero hay veces que el modelo mira al artista. Así me sentía ese día. Quizá en algún momento mis intenciones respecto al mundo fueron serias, pero ahora estaban anuladas. Había dejado atrás todas las imágenes y semejanzas. Por fin había entendido que lo importante en relación con el mundo no era que se pareciera a algo sino, simplemente, que existiera.

De más joven buscaba, como tantos otros, la esencia de la vida, la frase mágica que lo explicara todo. Ahora, sin embargo, entendía que no existe una cosa así, la vida no tiene esencia, sólo peso.

Desarmado y medio desnudo, con el ánimo a un centímetro del nadir, de pronto vi un letrero. «Cementerio Ruso.»

Siempre me han gustado los panteones. No sé por qué. En todo caso los colecciono como otros coleccionan sellos. Tengo, por supuesto, mis preferencias. En Suecia, cuando mi vida como extranjero parecía un olvido categórico, buscaba dar con un sitio que me gustara para que ahí estuviera mi tumba. Me sentía tan desilusionado de Grecia que ni siquiera quería que me enterraran allí.

Era joven, muy joven, pero mi país ya me había dado muerte varias veces, y no sólo a mí. Primero, emponzoñaron mis años de infancia, luego mi adolescencia, después mi juventud. Desempleo, diferencias de clase, corrupción político-económica, el hermetismo en el arte y la literatura, las mentiras. La derecha me había robado la vida, la izquierda me había robado mi historia.

En pocas palabras, un país horrendo si no te vendías, y yo no me vendía. No porque tuviera ciertos principios éticos, sino porque me faltaba la costumbre, «el truco» decíamos en el pueblo. A muchos de nosotros nos faltaba la costumbre, habíamos crecido con la convicción de que el pan es pan y el vino, vino. Carecíamos de la capacidad de estafarnos a nosotros mismos y por lo tanto éramos impotentes frente a las maniobras de los otros. Éramos los incómodos y los incomodados. Y así, muchos de nosotros se fueron.

Y, sin embargo, yo amaba mi patria, mi ciudad, mi barrio y en particular

la plaza Gizi, donde por las tardes me sentaba debajo de las moreras a ver las sonrisas etéreas y las veloces, cual lagartijas, miradas de las muchachas que despertaban en mí una dulce melancolía, mientras la noche caía con delicadeza como caería de sus cuerpos un camisón de seda.

Finalmente, no obstante, me fui de mi país y, más tarde buscaba encontrar la tumba apropiada para mí en otro país. Y la encontré, y no sólo una. Una tarde lluviosa di con un cementerio en miniatura en un caserío cerca de Uppsala. Estaba rodeado de casas de una planta, perros que ladraban, niños que jugaban y un riachuelo que fluía entre las sepulturas susurrando ronco a los muertos que, poco a poco, se convertían en raíces. Aquí me encontraría para siempre rodeado de seres humanos.

Durante mucho tiempo ese fue mi lugar preferido, hasta que descubrí el Cementerio Inglés en la pequeña isla de Fårö, a diez metros del mar, con pinos inclinados sobre los muertos, gaviotas surcando el cielo y una soledad que me convertiría en vecino de Dios.

Ese lluvioso día de octubre en Visingsö encontré otro cementerio abandonado. Aquí habían sido enterrados prisioneros rusos de guerra que habían caído en la isla mientras edificaban la Torre del duque Brahe. Estamos hablando de alrededor de 1700. Aquí los enterraron, en este pequeño valle, donde los tilos son altísimos.

Un montón de cuerpos con corazón extranjero e idioma extranjero.

Me quedé inmóvil un buen tiempo. Cerré los ojos y susurré algunas de las pocas palabras rusas que conozco. Me embargó un sentimiento muy curioso: que las palabras eran equivocadas o, más bien, que aquel era un lugar equivocado para esas palabras. Dije algo en griego. Lo mismo. Equivocado.

El lugar no hablaba más idioma que el sueco. Aquí podría descansar como extranjero rodeado de extranjeros. Aquí la muerte era sueca.

25

Existe también una muerte que es únicamente griega. La encontré en Rijiá, un pueblecito de montaña de la municipalidad del Epidauro Limira. Mi padre había sido maestro ahí, cuando llegó como refugiado del Ponto en 1924. Ahí murió su primera mujer, dejándolo con un niño de dos años.

Tenía muchas ganas de volver a ver el pueblecito, me acordaba de que ahí había sido alumno de mi padre y que había recibido un bofetón por un error en una suma: 145 en vez de 175.

También me acordaba de que ahí había visto al primer guerrillero, en la plaza de la iglesia, montado en un caballo negro, y esa imagen se me clavó hondo como un salmonete.

Naturalmente me acordaba mal. Por supuesto que el pueblo tenía su iglesia, como también su plaza, pero la una estaba lejos de la otra. En mi cabeza las distancias se habían acortado como en los mapas del Medievo.

Quería ver la escuela y la casa en la que habíamos vivido. Tenía la impresión de que daría con ellas sin problema, pero no las encontré. No reconocía nada. En la cabeza tenía la imagen de un pueblo con niños, ajetreo, risas, mujeres…

Ahora no veía ni niños ni mujeres. Sólo algunos viejecitos en la plaza, sentados a la sombra de un único árbol que yo no sabía qué era. Una muerte despaciosa y, no obstante, un gitano intentaba venderles colchones.

«Cómprame uno, tío. ¡Te hará veinte años más joven!»

«¿Y? ¡A la vieja la tendría que hacer cuarenta! ¿Puedes?»

Carcajadas cansinas. Luego, de nuevo silencio. El paso de las cuentas de algún *kombolói*. Un poco más allá, por la radio, una voz femenina. Pedí un café. Mi mujer, una limonada. Sabíamos que nos estaban mirando. Sabían que los estábamos mirando.

Mi padre había querido a estas personas. Me habría gustado hablarles, decirles algo, pero por alguna razón no podía. ¿Qué me lo impedía? Seguramente los años que habían pasado. Sentía el tiempo transformarse en una realidad física, convertirse en un espacio, y en ese espacio estoy muy lejos de mis viejos paisanos.

Me fui con mi mujer a dar una vuelta. Al cabo de poco nos encontramos con un río seco que yo recordaba como un torrente indómito.

En ese momento pasaba un hombre que tendría mi edad. No resistí y le pedí que nos mostrara el camino a la escuela. Me miró sorprendido. A

continuación, me hizo la pregunta clásica.

«¿Tú no eres hijo del maestro?»

Hubo un tiempo en que la respuesta a esa pregunta podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. La cuestión era quién preguntaba, así que desde muy pronto me vi obligado a aprender a distinguir, además de lo que decían las palabras, lo que decían las voces, conocimiento que me sirvió como ningún otro durante mis primeros años en Suecia.

Ahora no tenía yo ninguna razón para no contestar. Mi interlocutor, un desconocido, se entusiasmó, le afloraron lágrimas a los ojos. Resultó que habíamos sido compañeros en la clase de mi padre. ¿Cómo pudo acordarse de mí? ¿Cómo pudo ver en el sesentón que tenía enfrente al niño de siete años?

Me contó cosas que yo había olvidado. Entre otras, el bofetón que había recibido por un error en una suma: 145 en vez de 175.

«¡Fui yo quien recibió el bofetón!»

«Te acuerdas mal. Fui yo.»

Una vez más estaba claro que no podía fiarme de mi memoria, lo que además significaba que tampoco podía fiarme de la suya. Pero había una diferencia. Él me había reconocido, yo a él no.

Para él era inadmisible permitir que un encuentro como el nuestro terminara en la calle. Nos invitó a su casa, bebimos de su vino, nos sentamos bajo su parra y nos contamos nuestras historias.

Se había marchado del pueblo, había vivido la mayor parte de los años en el Pireo, lo pasaba bien, pero algo le faltaba. Regresó al pueblo, y no se arrepintió.

«A la edad que tengo lo mejor que me puede pasar es que el día de mañana se parezca al de ayer.»

Yo no había llegado a esa edad todavía, siempre esperaba que el día de mañana me trajera lo que el de ayer no me había traído. No había dejado de invertir en el futuro.

Estuvimos juntos por lo menos dos horas y tuve la posibilidad de ponerme al día sobre la situación del pueblo: quién había emigrado, quién había vuelto, quién había muerto. Ahora la escuela era un museo hecho con donaciones de uno que había emigrado. Mi interlocutor no sólo se había ido del pueblo, había huido de los agentes fascistas que frente a sus ojos habían matado a su padre que era presidente.

Mi madre era su madrina y me pidió que lo fuera a ver cuando estuviera en Monemvasía. Se lo prometí y cumplí mi promesa. Lo encontré unos días después. Había construido una casa enorme ahí, en Monemvasía. Y, sin embargo, no cabía en ella su tristeza. Era un griego muy agradable, casado con una norteamericana muy agradable. Nunca antes me había tocado conocer una combinación así.

Por el momento me encontraba aún en Rijiá y le pedí a mi antiguo compañero que nos mostrara el cementerio, el lugar donde estaba enterrada María, la primera mujer de mi padre.

¡La primera mujer de mi padre! Se dice fácil y es todo menos fácil. Cuánto me inquietaba cuando era niño, pensaba en ella constantemente y le pedía a mi padre que me la describiera, que me contara su historia con ella. Tenía una única fotografía. Una bella muchacha con una mirada tranquila y seria, como si supiera lo que le esperaba.

Murió a los veinticuatro años a causa de una meningitis. Yo quería ver su tumba. Mi compañero me explicó que después de tantos años quizá la tumba ya no existiera. Había muerto en 1926. El cementerio era pequeño, nuevos muertos ocupaban el lugar de los viejos. Pese a todo, nos llevó en su automóvil porque era una pena que fuéramos en el mío. Y sí, la verdad es que el camino estaba lleno de baches inesperados y, como una nueva prueba del humor griego, algunos trozos estaban asfaltados.

El calor comenzaba a ceder. Las uvas resplandecían ya maduras. Los cipreses en el cementerio eran inesperadamente pequeños. Un claro y terminante sentimiento de abandono, ni una sola flor en las tumbas. Tal vez en este sitio la gente ya no muera.

Encontramos la tumba de María. La cruz se había caído, la levantamos y leí lo que estaba escrito. «María Kallifatidou, nació en 1902 en Constantinopla, murió en Rijiá en 1926. Un largo viaje para una vida tan corta.»

De ese modo, también para mí murió finalmente María. En el momento en que leí lo escrito en la lápida con la letra de mi padre. Había sido una muerte griega. Este lugar no hablaba otra lengua. Mi mujer lo entendió y no dijo ni una palabra hasta que estuvimos de regreso en el pueblo.

26

Ahora sólo quedaba encontrar la casa en la que habíamos vivido. Ahí, sin embargo, nos esperaba una sorpresa. Mi compañero nos llevó hasta la puerta del patio del que se enseñoreaba un gran plátano. Vi cemento y asbesto, la casa estaba siendo restaurada. Nada se despertó en mí, absolutamente nada.

Llamamos a la puerta. Abrió un hombre sonriente que debía tener mi edad. La sorpresa fue precisamente su sonrisa. La recordaba, aunque no la había visto en cincuenta años, quizá incluso más.

Había emigrado a América siendo muy joven, con el tiempo había puesto su propio negocio, le fue bien. Su padre y mi padre habían sido como hermanos. Organizaban excursiones, editaban un periódico local, daban funciones de teatro. En pocas palabras, la *intelligentsia* del pueblo. De izquierdas ambos. Mi padre lo pagó caro, su amigo más caro todavía. Lo mataron.

Ahora su hijo venía los veranos y estaba restaurando la casa que era de ellos, nosotros la alquilábamos. Otro con una mejor memoria que la mía. Me enseñó la habitación en la que yo dormía. Un cuarto pequeñito con papel tapiz azul, que aquí y allá se había desprendido de la pared. El color azul creía recordarlo.

En el patio de atrás estaba el retrete. En un pretil había varias macetas con albahaca. Eran las macetas de mi madre. O quizá no lo fueran, en todo caso recordaba el aroma y la recordaba a ella, con un sencillo vestido floreado, regándolas.

El dueño de nuestra casa nos invitó a comer en el asador que había en la plaza. Mi mujer comió con mucho apetito. Nos dejó a solas con nuestro pesar. Ambos, él y yo, sabíamos que no volveríamos más a Grecia. Si acaso algún verano.

–Nos hemos vuelto turistas en nuestra patria –le dije.

–No, nosotros no somos turistas. Turista es tu mujer. Nosotros nos hemos vuelto extranjeros. Ella lo disfruta. Nosotros lo lamentamos.

La noche era grande como un elefante cuando, conduciendo lentamente porque el camino tenía muchas curvas, dejamos Rijiá. La oscuridad era densa, no se veía nada. Sólo en la parte de abajo del valle las luces de mi pueblo: Molaoi. Cuando nos mudamos a Atenas, yo jamás decía que era de Molaoi. Decía que era de Esparta, que imponía cierto respeto. Sin embargo, décadas después, en Suecia, me di cuenta de cuánto me gustaba decir que había nacido

en Molaoi.

En todo caso, de niño decía que era espartano. La necesidad de las alas prestadas, como dicen los suecos. Tu relación con alguien o con algo te hace más grande. Me acordé de una anécdota de Alcibíades. Alguien lo acusaba de que no sería nada si no fuera ateniense. «Tú no serías nada incluso si fueras ateniense», fue la respuesta.

Lo más probable es que ambas afirmaciones fueran correctas. Conozco tanto la pregunta como la respuesta. A menudo me preguntan si mi trabajo de escritura no se habrá valorado más de lo que se merece por el hecho de que soy inmigrante en Suecia, y también si me habría hecho escritor si me hubiera quedado en Grecia.

La respuesta a ambas preguntas es «sí». Pero ¿cambia algo?

Preguntas así siempre me hacen sentir mal, como un impostor, como el autor de una farsa que algún día se descubrirá, dado que rara vez tengo la sensación de ser yo quien escribe. Es algo dentro de mí que vive su propia vida.

No es mitificación, es la pura verdad. Cuando escribo me siento como un jinete torpe montado en un purasangre. Él hace la carrera y yo trato de mantenerme encima hasta llegar a la meta, y después bajo presa del pánico y al mismo tiempo feliz de haber salido bien librado una vez más.

Es natural que me sienta como un impostor y vivo con miedo de que algún día acaben conmigo en algún periódico. *Ecce homo!* Pero sé que los demás tienen miedo de «ver» la farsa. Por otro lado, ese es su sentido: cuesta descubrirla.

En eso pensaba mientras conducía en dirección a mi pueblo en plena noche. Ahí no era yo ninguna farsa. Ahí no era ni siquiera yo. Ahí era el hijo del maestro.

A la mañana siguiente mi mujer quería ver el mar. Así que dejé atrás Molaoi y fuimos a Eliá, a un hotel nuevo. El auge de la temporada había pasado, había habitaciones libres y entregué mi pasaporte en el hotel.

«¿No eres hijo del maestro?»

Me confundió con mi hermano, de quien alguna vez había sido compañero en la escuela. Aliviado le dije que sí, que sí era hijo del maestro, pero que yo no era mi hermano.

No se rindió tan fácilmente.

«¡Pues se parecen mucho!»

27

Dormí inquieto y me desperté muy temprano. Sabía que no podría volverme a dormir. Con todo, me quedé en la cama preguntándome qué respondería si alguien me pidiera el balance de mi vida.

Unos meses antes, había encontrado en Suecia a un amigo que había sido mi maestro en la Facultad de Filosofía en Estocolmo. Tenía un corazón lleno de bondad y cortesía y uno de los cerebros más incisivos que he conocido. Todos pensaban que haría una importante carrera académica, pero él, de forma imprevista, abandonó Estocolmo y la universidad. Hizo que lo destinaran como maestro en un instituto de una ciudad de provincia, adonde estaba yo invitado a dar una conferencia.

Vino a escucharme y después nos fuimos a tomar una cerveza juntos en un viejo restaurante con decoraciones modernistas. Lloviznaba y la plaza grande estaba desierta.

Le pregunté a qué se dedicaba.

«Ahora no hago nada. Ahora es momento de hacer balance», respondió sencillamente.

No le di más vueltas a su respuesta, lo que no significa que la haya olvidado. Como tampoco olvidé jamás cuánto me había ayudado ese hombre durante los primeros años de mi vida en Suecia. Con cuánta generosidad me introdujo en su círculo, con cuánto entusiasmo leyó mis primeros poemas, con cuánta delicadeza me señaló que no había entendido ni a Platón ni a Aristóteles, que él conocía casi de memoria. Aristóteles era su filósofo preferido, lo leía en el original.

En pocas palabras, le debía mucho y me acordaba de él recostado en mi cama en Eliá. También para mí había llegado el momento de hacer balance. ¿Qué números saldrían? ¿Negros o rojos?

No aguanté. Me levanté, me vestí en la oscuridad para no despertar a mi mujer que dormía con la mejilla apoyada en la palma de la mano como si estuviera pensando en su destino.

Quería encender mi pipa, pero primero tenía que tomar un café. ¿Encontraría algo abierto a esa hora? No tuve que buscar mucho, a cincuenta metros del hotel encontré un café abierto. No era el primer cliente, ya había otros, varios pescadores que acababan de volver de sus dilatadas negociaciones con los pocos peces que todavía tiene el Mediterráneo. Me miraron con la amable ironía que suele despertar el turista, me saludaron con

un movimiento de cabeza.

Quise decir que era griego, pero en ese momento incluso a mí me pareció forzado. Además, me quería evitar la ineludible pregunta a propósito de si era hijo del maestro. Así, yo también entré en el juego y pedí un café en inglés.

«¡Aquí hablamos alemán!», me espetó el tabernero ofendido, aunque había entendido mi comanda.

Después disfruté de mi café y de mi pipa mientras oía la conversación entre ellos. Conversación que seguramente no compartía demasiadas cosas con los diálogos de Platón, pero sí una, la más importante: la lengua.

–¡Manolis! Tráeme un coñac.

–¿A esta hora?

–Para que baje tanta amargura. Ayer ni los cojones me pude rascar.

–Pero ¿de qué cojones hablas?

–¡Tú cállate, suertudo! ¡Chiripero!

Esta última palabra me emocionó, me llevó decenas de años atrás a cuando jugábamos a las cartas en el café del barrio. «¡Chiripero! ¡Ganaste de chiripa!» Saqué mi cuadernito para apuntarlo.

–¡Más bajito, muchachos! El inglés está escribiendo –gritó el tabernero.

–¡Yo también escribo en mis cojones! –dijo alguien que no podía seguir guardando un secreto.

¿Hablaría yo así si me hubiera quedado? Seguro. Pero no me quedé y ahora ni siquiera parecía yo griego. En cambio, en Suecia de inmediato quedaba claro que no soy sueco.

Quizá sea más fácil ver lo que alguien no es, que lo que es.

Cuando despuntaron los primeros rayos del sol sobre la montaña, los pescadores dejaron de hablar y yo entré en la cala más profunda de la vida como extranjero, ahí donde no eres ni lo que fuiste ni lo que llegaste a ser.

Debería encontrar un nombre para ese pequeño puerto que era, literalmente, mi utopía, mi lugar inexistente. ¿Lo bautizaría como «La cala de Theodorís»?

Una exageración, sin duda, aparte de que no era verdad. Porque la cala aquella no me pertenecía, era yo quien le pertenecía.

Así que lo dejé estar y, por primera vez en mi vida, también yo pedí un coñac a las seis de la mañana. No olvidemos que la alegría de vivir en nuestra patria no sólo es un regalo. También es un deber.

28

Había algo en la luz del día que apenas comenzaba, en la conversación despreocupada y sin rumbo en el café, en que me encontrara ahí yo, griego, entre griegos que me consideraban inglés, había algo que hacía la vida insoportablemente ligera, que la hacía despegar sin hacerla volar.

¿Qué era ese algo?

La condición de extranjero. El hecho de que me había vuelto extranjero en mi país.

Sin que hubiera un porqué, recordé una frase de Platón, que dice que la belleza es la única virtud visible. ¿No se le ocurrió que la belleza puede ser algo diferente de la virtud? ¿Que cuanto más grande es más nos excluye?

Por lo menos a mí. Cuando veo algo bello, de inmediato busco encontrar la mancha negra. No por mezquindad, sino porque sólo así puedo acercarme a ello. Algo así fue mi relación con la naturaleza sueca. Su belleza me dejaba fuera. Sólo cuando llegué a mi isla, a Gotland, sentí que me conmovía, por la muy sencilla razón de que me recordaba y me recuerda a Grecia.

El mar, el extenso cielo, los pinochos castigados por el viento, las iglesias blancas, las enjutas vacas y las ovejas que dicen bee-bee tanto si les das de beber como si las llevas al matadero.

Mi mujer y yo estuvimos por primera vez en Gotland en octubre de 1971. Éramos estudiantes y no teníamos un centavo y, sin embargo, sin pensarlo mucho, pedimos un préstamo y compramos una casa porque nos gustó el jardín.

El verano de 1972 fue el primero que pasamos ahí. Nuestro hijo tenía tres meses. Yo solía sentarme bajo el peral. A mi lado la cuna del bebé y frente a mí una viejísima máquina de escribir.

Fue entonces cuando escribí el libro que me era absolutamente indispensable escribir y que venía yo arrastrando desde los dieciocho años. Me acuerdo con exactitud del día y del momento en que lo pensé por primera vez. Una tarde lluviosa de otoño, en Atenas. Me había refugiado en la entrada del cinematógrafo Kotopuli y ahí, mientras esperaba que la lluvia escampase, pensé que algún día tendría que escribir el libro que escribí dieciséis años más tarde, en otro país y en otra lengua.

Nunca he sido más feliz. La novela se iba escribiendo sola, el niño crecía día a día y mi mujer estaba sembrando su primer huerto con eneldo y perejil, con lechugas y remolachas.

¿Por qué era yo tan feliz?

Pues porque había dejado atrás la insoportable levedad del ser, que dice Kundera. Porque el nacimiento de mi hijo había conseguido que echara yo anclas.

Mi vida como extranjero ya no era una vida como extranjero. Ya tenía una raíz.

Sentí lo mismo cuando nació mi hija. Otra raíz.

En condiciones normales, los padres son las raíces de los hijos. Pero cuando eres extranjero, los hijos se convierten en tus raíces.

Por eso son tan difíciles las relaciones de los emigrantes con sus hijos. Dependemos de ellos. Son nuestro enchufe con la vida.

29

Hace unos días, una tarde oscura con fuertes vientos del norte, estaba dando una vuelta por mi barrio en Estocolmo. Al pasar por una cervecería tradicional, una de las pocas que quedan, me acordé de mi amiga griega, de cuando su marido acababa de enterarse de que padecía un cáncer incurable.

En esa cervecería estábamos cuando me lo dijo. La tuve cogida de la mano tanto tiempo que cuando salimos pensé que habíamos dejado ahí nuestras manos.

Ella volvió a Grecia cuando su marido murió. No había dejado sino una breve nota: «No sé si existen ventanas allá a donde voy, pero si existen, me sentaré junto a una de ellas y pensaré en ti».

Al final ya no podía comer, ni beber, ni hablar. Sólo podía amarla.

Estos pensamientos me hicieron inclinar la cabeza como si me avergonzara del destino injusto de ese amor, y estuve a punto de chocar con un elegante señor que llevaba un borsalino negro y que venía directo a mí con los brazos abiertos.

Era mi viejo amigo Ilías. Éramos muy amigos cuando estudiábamos y nos reuníamos en la Biblioteca Municipal de Estocolmo, primero porque no teníamos dinero para comprar los libros que necesitábamos y segundo para ver a las muchachas bonitas que iban allá.

Éramos cinco jóvenes griegos. Uno murió, dos volvieron a Grecia, y otros dos nos quedamos. Ilías y yo. Lo quiero mucho, siempre lo he querido. Es un griego melifluo, el único, quizá, para quien usaría esa palabra. Y, sin embargo, no nos vemos con frecuencia y me pregunto si no se deberá a que queremos olvidar aquella época o a que queremos recordarla cada uno a su ritmo, tranquilamente.

Volvía de un restaurante griego en donde, sin éxito, había intentado reservar una mesa para la cena de Año Nuevo.

–Así es –dije–. Ahora que tenemos dinero, no hay mesas.

–Así es siempre –me respondió–. ¿Sabes qué dice el refrán? «Cuando el mar se vuelve yogur, los pobres no tienen cuchara.»

Hablamos un poco más todavía y luego nos separamos con la grata convicción de que algunas relaciones no cambian jamás.

Su respuesta me había llenado de alegría, me sentía feliz de ser griego, para ser más exacto, de ser en la lengua griega. Una y otra vez me decía y me repetía a mí mismo el refrán: «Cuando el mar se vuelve yogur, los pobres no

tienen cuchara». Sonreía como si recordara algo grato y así era en realidad. Mi lengua, que en algún momento albergó mi vida, se había transformado en un grato recuerdo.

Había dejado de sentir con mi lengua, simplemente la reconocía. Y de pronto, después de treinta y cinco años, la había descubierto de nuevo.

A todos nos había pasado lo mismo. María la había redescubierto gracias al lirio. Yo, gracias a nuestra lengua. Mis labios no se relajaban, mi voz se había instalado más hondo en el pecho como un buzo que busca tesoros perdidos.

No sé qué más decir para describir lo que sentía. Pero permítaseme, con todo, intentarlo una vez más. Era como si estuviera cayendo, la caída parecía inevitable, pero de pronto se detuvo gracias al paracaídas que se había abierto solo.

Ese paracaídas era mi lengua. No me perdería a mí mismo mientras pudiera calentarme junto al hogar de mi lengua, aunque fuera de lejos.

Mi dignidad como ser humano se había salvado.

Quise besar a alguien en ese momento, pero no encontré a nadie alrededor. Así que besé la palabra «beso».

30

Existen muchas diferencias entre la lengua griega y la sueca. Pero las que definen a una cultura son sólo dos: la ontología y la lógica.

¿Cómo es el mundo en cada idioma? Esa es la pregunta ontológica.

¿Cómo está organizado el mundo en cada idioma? Esa es la pregunta lógica.

El sol griego es masculino, de pelo corto y ensortijado.

El sol sueco es femenino, de pelo largo y lacio.

Esto, como ejemplo. Podría citar cientos. Con la luna sucede lo contrario. Para los griegos es una beldad, para los suecos, en cambio, es un viejecito cansado.

Estas imágenes nos transportan a ciertas propiedades. Y estas, a su vez, a cierta estética. Y esta, a su vez, aunque no siempre de forma evidente, a una determinada ética.

La estética y la ética son hijas de la ontología de la lengua. La ontología griega es a menudo clara y precisa. No sucede lo mismo con la sueca. ¿Qué significa eso? Entre otras cosas, que el mundo del hombre griego está habitado, que el hombre griego jamás está solo.

En cambio, el sueco sí lo está. En el mundo de su lengua encuentra sombras carentes de objeto y objetos carentes de sombra. Es un mundo menos hospitalario y completamente distinto del griego. Por eso, además, es tan difícil traducir a los grandes autores de una lengua a otra. Yo lo intenté durante años con Kavafis, sin conseguirlo. Se puede traducir una palabra de una lengua a otra, pero no se puede traducir un universo a otro universo. Siempre falta algo, y con mucha frecuencia lo esencial, es decir, la ontología. Es como hacer el amor en sueños.

La organización lógica de la lengua tiene otras consecuencias. La más importante es que en una lengua puedes hacer cosas que no puedes hacer en otra. El sueco, por ejemplo, *sale* al mar, el griego *entra*. El sueco *entra* en tierra firme, el griego *sale.*

A causa de esta diferencia poco faltó para que mis hijos se ahogaran. Eran pequeños y estaban nadando y yo, que le tengo miedo al agua, les gritaba que salieran haciendo que se adentraran cada vez más.

Lo interesante es que estas diferencias se pueden aprender, sí, pero rara vez se pueden vivir, es como si no cupieran en el cerebro. Y así es, eso es lo que ocurre. Mi cerebro es de confección griega. Lo que aprende, lo aprende

con sus códigos griegos. Eso significa que yo podría hacer o volverme miles de cosas salvo una: dejar de ser griego.

Con mis hijos sucede lo mismo. Sus cerebros son de confección sueca. El mundo que los esperaba cuando abrieron los ojos era el sueco. La lengua que oían a su alrededor era la sueca. Yo soy griego, mis hijos son suecos. Nunca traté de que fueran algo distinto.

Lo que sí podía hacer era darles mi Grecia. Les leía la *Ilíada* y la *Odisea* que para ellos eran como las historias que les contaba sobre la Salchicha Voladora. No quería que mi calidad de griego fuese una amenaza en su vida. Se las di como un regalo, no como una condena.

Sé que muchos difieren conmigo en este punto y algunos han tenido, en algún momento, la gentileza de hacérmelo saber.

No me costaría ningún trabajo hacerme el magnánimo y decir que respeto todos los pareceres. Pero no es cierto. Lo que respeto es a mis hijos y su mundo.

31

Comencé a escribir este texto con la intención de ver en quién me había convertido después de treinta y ocho años de vivir como extranjero. Sé que no volveré, tengo mi Ítaca, pero nadie me espera, salvo mi madre y mis hermanos.

He pasado la mayor parte de mi vida intentando amar algo más, algo distinto de lo que había aprendido a amar sin olvidarlo.

Es una trayectoria de vida que se podría expresar dialécticamente. De la tesis a la antítesis y finalmente a la síntesis. Pero no es así. Una vida no es la antítesis de la otra. Un país no es la antítesis del otro. Y básicamente el sujeto, yo, es el mismo.

En Suecia ha habido detalles que me han conmovido. En un pequeño poblado del norte encontré, por ejemplo, una bellísima casa de principios del siglo pasado, que según me enteré la había construido el primer médico de la zona. ¿Y cómo la bautizó?

Esparta.

Así crece el mundo.

Eso intenté hacer yo también. Hacer crecer mi mundo abrazando un nuevo país, una nueva lengua. Y hay momentos en los que me siento más desnudo que cuando nací, entonces por lo menos tenía un ombligo.

Otras veces lo que siento es una profunda tranquilidad sabiendo que más allá de mi ventana se extiende una nueva patria.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31